

FRANKLIN DOMINGUEZ

T E A T R O

ESPIGAS MADURAS
ANTIGONA-HUMOR
LOS ACTORES
EL ENCUENTRO

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI',
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

1084545

18 mayo -06
HCS

10 nov 08
O.S.S.

MDCSRS
C.1

Ediciones de la Sociedad de Autores y Compositores
Dramáticos

DATOS DEL AUTOR

FRANKLIN DOMINGUEZ: nació el 5 de junio de 1931 en Santiago de los Caballeros, República Dominicana. Es Doctor en Derecho (1955) y Licenciado en Filosofía (1953), graduado de la Universidad de Santo Domingo. Estudió Derecho Internacional y dos cursos de Dramaturgia con el profesor E. P. Conkle, en la Universidad de Texas, en Austin. Es Presidente de la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos de la República Dominicana y Miembro Adherente de la Société des Auteurs et Compositeurs Dramatiques de Paris desde el 18 de septiembre de 1962. Es miembro de la Sociedad Dominicana de Escritores. Es Presidente de la Federación de Arte y Cultura del Comité Olímpico Dominicano. Es Presidente del Consejo Nacional de Bellas Artes y de Deportes (cargo que desempeña a título honorífico desde su designación en 1966). Es Presidente de las Producciones Cinematográficas Domínguez-Johnson-Carrau. Es Presidente de la Sociedad de Ahorro e Inversión Domínguez-Johnson-Carrau que está encaminada a la fundación de una industria cinematográfica en la República Dominicana. Vicepresidente para Centroamérica del Organismo Internacional de la Música, la Danza y la Canción Tradicionales con sede en México.

Es actor, autor y director de teatro, televisión y cine. Es graduado del Teatro-Escuela de Arte Nacional de la República Dominicana desde el 1º de octubre de 1949. Es graduado del Curso de Orientación para Estudiantes Extranjeros del Bard College, de New York, en septiembre 5 de 1956. Graduado de los Cursos de Inglés del Instituto Cultural Dominicano-Americano, en junio 21 de 1958. Estudiante Especial de la Universidad de Texas en el año 1956-57.

Fue Secretario de la Confederación de Colegios de Artistas, Autores y Compositores de la República Dominicana (1960), Presidente del Comité de Drama del Instituto Cultural Dominicano-Americano (1960), cuatro veces miembro de la Junta Direc-

tiva del Instituto Cultural Dominicano-Americano, fundador del Curso de Dramaturgia y Organizador de los Laboratorios de Teatro de la Escuela de Arte Dramático de la Dirección General de Bellas Artes, Asesor de la Sección de Teatro y Declamación del Círculo de Bellas Artes de la Universidad de Santo Domingo y uno de los cuatro fundadores del teatro experimental en la República Dominicana, el 8 de diciembre de 1952, con el grupo "María Martínez" y el 18 de mayo de 1959 con el cuadro "La Comedia del Arte". Los otros fundadores fueron Máximo Avilés Blonda, Ivelisse Acevedo Gautier y Luis José Germán.

Ha recibido los siguientes galardones: Accésit al Primer Premio de los Juegos Florales celebrados por el Ateneo Dominicano, por su obra teatral "El Vuelo de la Paloma" (1952); Premio "Aristides Fiallo Cabral", de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo, por su trabajo filosófico "¿En qué consiste la simplicidad y diferencialidad de las mónadas que trató de lograr Leibnitz?" (1952); Premio "Francisco J. Peynado" de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo por su trabajo jurídico "Necesidad de reformar el Art. 377 del Código Penal Dominicano" (1955); Premio de Honor del Newman Club de la Universidad de Texas (12 de mayo de 1957); y Primer Premio del Certamen de Teatro Infantil patrocinado por el Ateneo Dominicano, por su pieza "La Niña que quería ser Princesa" (1957); Diploma de Reconocimiento por labor realizada en beneficio de la colectividad, otorgado por el Instituto Técnico Vocacional y la Escuela Nacional de Locutores, el 27 de septiembre de 1968.

Tiene escritas 39 piezas teatrales, de las cuales ha estrenado 15 en la República Dominicana, 6 en el extranjero y ha editado 11, incluyendo las de este volumen, en Santo Domingo y en el extranjero.

Sus obras son: Exodo (drama bíblico, 1951); Cuando Juega el Amor (1952); Mi Esposa espera un Niño (comedia, 1954); Dos en Soledad (1955); El Punto Final (1956); Hombres y Relojes (tragicomedia, 1956); Habitación para Mujeres (drama, con Texas como escenario, 1957); Un Amigo Desconocido nos Aguarda (1957); El Tercero Ausente (experimento de monólogo para dos actores, en tres actos, 1958); El Caso Andrés Rivera (policíaco, 1958); La Farsa de los Campesinos Infieles (1958); El Hombre Frente al Espejo (1958); Alberto y Ercilia (comedia, 1954); Extraño Juicio (1955); Tertulia de Fantasmas (1956); El Vuelo de la Paloma (1952); La Niña que quería ser Princesa (1957); El Último Instante (monólogo para una actriz, 1957); La Broma del Senador (comedia, 1958);

Habitación 203 (comedia con Texas como escenario, 1957); Anacaona (libreto para la ópera del mismo nombre del maestro italiano Adriano La Rosa, 1959); Espigas Maduras (1958); La Cena de las Solteronas (1960); La Espera (1959); Antígona-Humor (1961); La Llamada (monólogo para una actriz, 1963); Sexo y Aburrimiento (monólogo cómico para un actor, 1963); Cuando los Héroes quedaron Solos (drama sobre los últimos días de la tiranía de Trujillo, 1961); Juego de Canastas (comedia, 1961); El Secretario Trujillista que llevaba el 30 de Mayo en el Bolsillo (tragicomedia para un musical, 1961); La Pensión de Mamá Nonó (libreto para comedia musical, 1967); Se Busca un Hombre Honesto (sátira política, 1963); Tribunal de Confiscaciones (sátira política, 1964); El Encuentro (poema dramático, 1967); Lisistrata Odió la Política, (comedia, 1965); La Silla (monólogo teatral llevado al cine, 1961); Los Actores (1965); ¿Soy, acaso, Honesto? (sátira política, 1967); y Jehova-Nissi o La Bandera de Jehová (obra con texto bíblico de tipo nacionalista, 1968).

En el extranjero, ha estrenado sus piezas Alberto y Ercilia (el 8 de diciembre de 1957 en el Auditorium del Newman Club de la Universidad de Texas); Un Amigo Desconocido Nos Aguarda (por Radio France II, France V, de París; Radio Túnez, Radio Reunión y Radio Guadalupe, de 1961 a 1962 y por Radio Gineve de Suiza, el 2 de enero de 1955). Esta obra fue estrenada los días 3, 10, 17 y 24 de abril de 1966 por el Comité des Loisirs, de Herbault, Francia. Fue editada en el número 339 de la Revista Theatre, L'Avant Scene, de París; La Espera (por Le Theatre Royal du Gymnase, de Liège, Bélgica, en mayo de 1964); Antígona - Humor, grabada por Radio Hainaut, en Mons, Bélgica y radiodifundida por la Radio-Televisión Beiga, segundo programa radial, el 7 de febrero de 1965); La Broma del Senador (estrenada por el Círculo "Art. et Plaisir" de Ceroux-Mousty de Bélgica, en traducción al valón de Albert Gillain, el 28 de abril de 1968 y con la cual el grupo ganó el Premio Emile Van Cutsem, el principal del Concurso de arte dramático en dialecto "wallon" organizado en Nivelles por la Federation Royale Wallonne du Brabant. En el festival fue presentada con el título "Ti Testamint" ("El Testamento"). Con el título francés "Un Portrait sur les Bras" será presentada por Le Centre Culturel D'Anderlecht, en francés, de octubre a noviembre de 1968; El Último Instante, (editada dentro de la Antología El Teatro Hispanoamericano Contemporáneo, de Carlos Solórzano, por el Fondo de Cultura Económica de México, en 1964 y presentada por el Círculo de Arte Dramático de Panamá,

en el Paraninfo Universitario, con la actriz Doris Palacios y bajo la dirección de José Avila Castillo, el 30 y 31 de octubre y el 1ro. de noviembre de 1967).

Su traductor al francés es el escritor belga Henri Premont.

Ha escrito los siguientes libretos para cine: *La Silla* (filmada en el Village, de New York, en 1962 y estrenada en el Teatro Colón de la ciudad de Santiago de los Caballeros, República Dominicana, el 26 de enero de 1963. Está calificada como la primera película dominicana de largo metraje); *Filoctetes* (basado en la obra teatral del poeta dominicano Héctor Incháustegui Cabral); *Ella y El Pescador* (inspirado en un cuento de Oscar Wilde) y *Souvenir 203* (que actualmente está filmando y que está basada en su obra teatral *Habitación 203*, se desarrolla en Texas y República Dominicana).

Como periodista, laboró como redactor y luego encargado de la página de Artes y Espectáculos del diario *La Nación* (diario oficial del gobierno dominicano) de 1952 a 1956 y en 1957. Fue Subdirector del Teatro-Escuela de Arte Nacional y Encargado de Prensa de la Dirección General de Bellas Artes en 1957, durante la dirección del poeta Héctor Incháustegui Cabral. Fue Director de la Revista de Educación de la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes, durante los años 1957-61, en los secretariados del Lic. Manuel R. Ruiz Tejada, Victor Garrido y Miguel Ángel Jiménez.

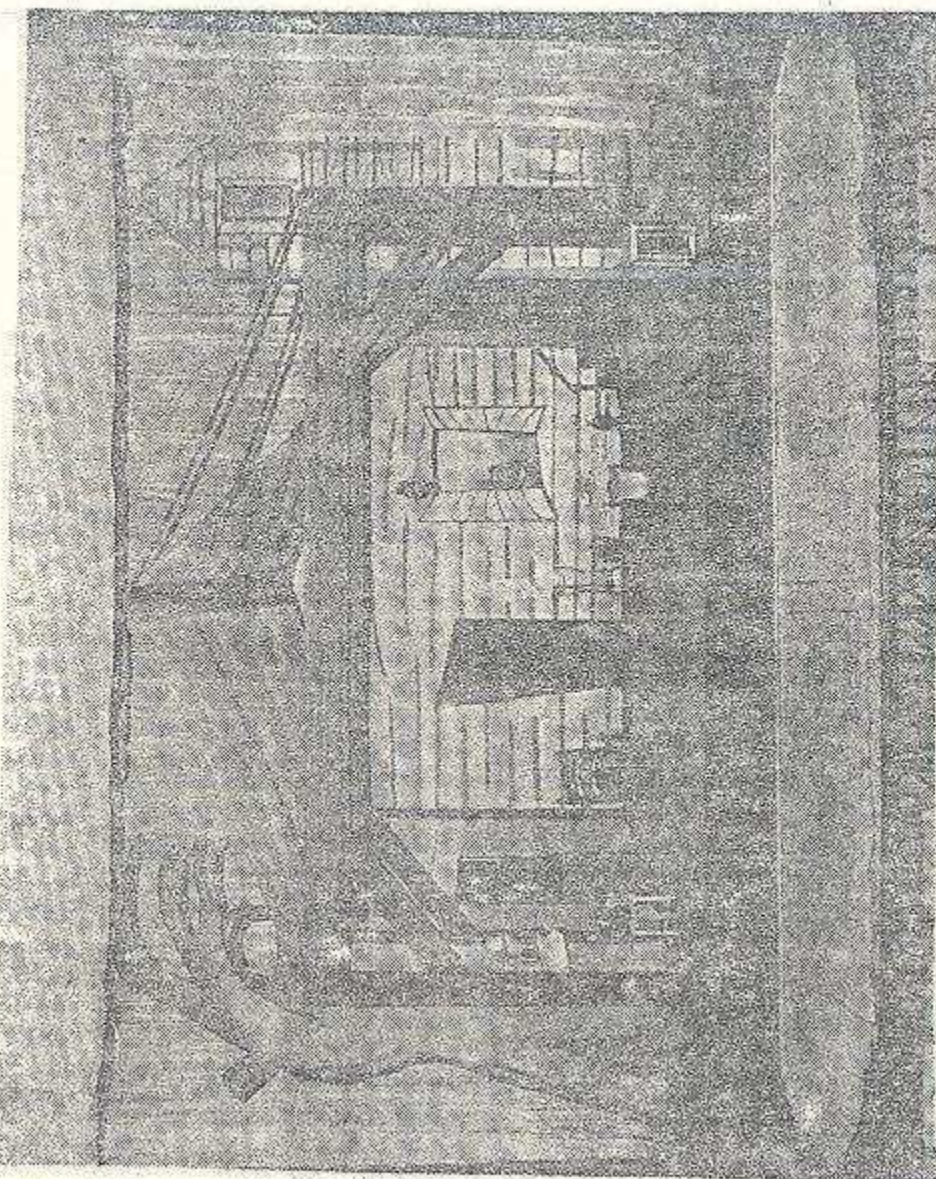
Ha desempeñado las funciones de Director General de Información, Cultura y Diversiones de la Presidencia de la República Dominicana durante el gobierno constitucional de Juan Bosch (1963); luego durante el gobierno efímero del Dr. Rafael Molina Ureña (1965) y durante la revolución constitucionalista del Coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó (1965).

Al terminar la revolución dominicana fue designado Director de Información de la Presidencia y Director Interino de Radio Santo Domingo Televisión, el 3 de septiembre de 1965. El primer cargo lo desempeñó hasta el final del período provisional, cuando renunció.

Actualmente, dedica la mayor parte de su tiempo al cine y al teatro, residiendo en Santo Domingo y en los Estados Unidos de Norteamérica.

ESPIGAS MADURAS

(DRAMA EN TRES ACTOS)



Escenografía de Espigas Maduras. Boceto de Iván García. Realización de Luis Acevedo.

Estrenada en el auditorium del Palacio de Bellas Artes de Santo Domingo, República Dominicana, el martes 26 de abril de 1960, por el grupo teatral La Comedia del Arte, bajo la dirección de su autor y con el siguiente reparto:

ALEJANDRO : José Sanabria
 DANILO : Iván García
 MATILDE : Ina Moreaux
 SEBASTIAN : Armando Hoepelmán
 JOAQUIN : Miguel Alfonseca

Música de Manuel Simó

Debido al éxito alcanzado, Espigas Maduras fue montada nuevamente por el mismo grupo, y con el mismo reparto: Días 25 y 26 de mayo, en el Teatro Colón de la ciudad de Santiago de los Caballeros; días 3, 4 y 5 de junio, nuevamente en el auditorium de Bellas Artes, en Santo Domingo; día 16 de junio en el Teatro La Progresista, de La Vega; día 28 de junio, en el Teatro Maritza, de Moca; día 30, en el auditorium de Bellas Artes, de Santo Domingo, en función de gala dedicada por la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes al magisterio nacional con motivo del Día del Maestro; día 1.º de julio, en el auditorium del Instituto Politécnico Loyola, de la Ciudad de San Cristóbal; y días 22 y 23 de julio en el Teatro Peravia, de la ciudad de San Francisco de Macoris, con motivo de las fiestas patronales de Santa Ana.

ESPICAS MADURAS

!A ver si esta vez no olvidas el azúcar!

MATILDE (bajando las escaleras):

?Cuándo lo he hecho?

ALEJANDRO: Ayer, en la comida.

MATILDE: !Lo hice a propósito! No me gusta que me griten como lobos cada vez que llegan a la casa. No soy sorda.

DANILO: Nada de discutir. Tengo hambre.

MATILDE: !Pues tendrán que esperar! Vaya con los hermanos!

!Quisiera saber qué harían si algún día se me ocurriera

marcharme de esta casa.

ALEJANDRO: ?Sabes lo que haríamos? !Celebrarlo!

MATILDE: (fingidamente ofendida):

?Ah, sí? Pues comiencen desde ahora, porque no voy a atenderlos.

(SE DISPONE A SUBIR LAS ESCALERAS, JUGUE-

TONA, PERO DANILO LA TOMA POR EL BRAZO Y

SE LO IMPIDE).

DANILO: Ah, hermana! ?qué culpa tengo yo de lo que digas

nuestro hermano mayor?

ALEJANDRO: Al hermano mayor se le debe obediencia y res-

peto. Lo ha dicho papá.

DANILO: ?Escuchas? !Lo ha dicho papá! (CARINOSO) Sé que

na, hermana! Vamos, prepara el desayuno y dame de

comer.

MATILDE (riendo): !No sé qué voy a hacer con ustedes!

DANILO: Queremos un poco.

MATILDE (vendo hacia la cocina): !Claro que sí!

(ALEJANDRO Y DANILO RIEN AL QUEDAR SOLOS.

DANILO SE DESPLAZA Y SE SIENTA EN UNA SILLA.

MIENTRAS QUITA EL LODO A SUS ZAPATOS).

DANILO: !Al fin! Ya hemos despachado ese ganado!

ALEJANDRO (olviendo debajo de sus brazos):

!Uff! Necesito un buen baño! Mi cuerpo hiede a ganado

y sudor. Debimos ir al río antes.

ALEJANDRO (mientras se seca las manos):

!Ya voy! Ya voy!

MATILDE (desde afuera):

!Aprisa! !Perezosa! !Tras pronto ese café!

do luego a tomar agua de un jarrón):

DANILO (voceando a su vez hacia la puerta de la cocina y ven-

!Matilde! !Matilde! Ya estamos aquí!

medece las manos):

Vamos que se encuentra al fondo de la escena y se hu-

ALEJANDRO (grita hacia la escalera y luego va hacia un la-

Alrededor de las 9 de la mañana).

nos desabrochan sus camisas y se limpian el sudor.

deja de fumar una vez que ha entrado bajo techo. Los dos herma-

trabajo en el campo. Alejandro es quien toca la armónica, pero

que en edad. Vienen vestidos cómodamente, como regresando del

do y aparecen Alejandro, el hermano mayor, y Danilo, que le si-

cueha música de una armónica. Pronto se abre la puerta del fon-

(AL LEVANTARSE EL TELÓN, la escena está sola. Se es-

hombres solos, aunque, sin embargo, habita allí una mujer).

monotona. No hay un solo detalle de lujo. Parece una casa de

Todo está arreglado con sencillez y revela una vida ordinaria y

encuentran las habitaciones. Del techo pende una lámpara de gas.

ca, al fondo, una escalera que conduce a lo alto, donde se en-

lado, a la derecha, la puerta que lleva a la cocina. A la izquier-

CAMPESTRIN. Puerta ancha de entrada al fondo derecha. A su

PRIMER ACTO

(LA ACCION TIENE LUGAR EN UN RÚSTICO CASERON

DANILO: Tenía hambre.

ALEJANDRO: Yo también.

DANILO: Creí que nunca terminaríamos. Pero valía la pena. Ha sido un gran negocio, una buena venta.

ALEJANDRO: Ciertamente. Nos ha ido muy bien en estos últimos años. Papá piensa que es hora de mudarnos a una casa mejor.

DANILO: ¿De veras piensa eso?

ALEJANDRO: ¡En cierto modo!... El viejo dice que hemos subido de categoría.

DANILO: Por supuesto, ¡para él el dinero es lo que marca las categorías!

ALEJANDRO: ¿Acaso no tiene la razón? Ahora trata con los señores, cuando antes había sido un simple peón. ¿Qué le ha hecho conseguirlo? El dinero. Ha trabajado duro, pero ha logrado lo que quería. Empecinado, venciendo obstáculos, imponiéndose. Yo le he visto luchar y subir poco a poco.

DANILO: (Intencionado): El no ha hecho todo el trabajo solo. Nosotros le hemos ayudado a subir.

ALEJANDRO: Sí, pero él era quien tenía las aspiraciones y los sueños. El fue quien inició toda esta empresa. Comenzó en pequeño y gestionó cuanto pudo hasta amasar un capital y hacerse propietario. Su inteligencia y astucia para los negocios lo ayudaron a subir. ¡El se propuso conseguirlo!

DANILO: ¡Pero necesitó de nosotros!

ALEJANDRO: Claro que sí. Nos puso a trabajar en el campo, a su lado, enseñándonos los secretos de la tierra y ayudándonos a conocerla bien y a amarla.

DANILO: Ya hemos aprendido bastante. Ahora debemos trabajar por nuestra cuenta.

ALEJANDRO: ¡Llegará el día!

DANILO: Sí. Es lo que él dice siempre. Una promesa que siem-

pre se pospone. Hace dos años le planteamos nuestros proyectos e ideas, le pedimos su opinión y solicitamos su ayuda. El prometió dividir dinero y tierra y convertirnos en propietarios independientes. Pero nunca ha cumplido.

ALEJANDRO: Ya lo hará a su debido tiempo. El sabe cuando debe hacer las cosas.

DANILO: ¡Yo quiero que las haga ahora! ¡Estoy cansado de servirle como un peón!

ALEJANDRO: ¡Ah, no digas eso! Es un hombre trabajador, de la tierra, y quiere que nosotros lo seamos.

DANILO: ¿De qué sirve? Poseer la tierra, sin llamarla nuestra. Mirar el dinero, sin poder tocarlo. ¿De qué sirve? Yo quiero poder decir esto es mío, me pertenece. ¡Tengo derechos! Además, he trabajado lo bastante como para exigir que se me dé lo que he ganado. No es un favor que él nos hace, es una paga que nos debe, porque la hemos trabajado.

ALEJANDRO: Trabajamos para el beneficio de todos, tratando de aumentar un capital.

DANILO: ¿Hasta dónde seguiremos aumentándolo?

ALEJANDRO: ¿No te importan las ganancias que se deducen de cada nueva operación, como la venta de ganado que hemos hecho hoy? ¿No te parece una valiosa negociación? Es un capital nuestro. No hay necesidad de hablar de paga entre nosotros.

DANILO: También evitamos hablar de partición.

ALEJANDRO: Mientras estemos haciendo dinero no hay que hablar tampoco de partición.

DANILO: ¿Para qué queremos dinero? ¿Te sirve a ti de algo? ¿Lo disfrutas?

ALEJANDRO: Antes debemos establecernos bien.

DANILO: (levantándose): ¡Ya estamos establecidos! ¿Cuál es la diferencia? Seguimos trabajando igual que antes. El dinero no nos ha hecho ganar una hora de descanso, ni un momento de alegría. Un peso sigue siendo un peso, por-

que antes de gastarlo debemos pensar si no ayudará para una nueva transacción. En esta casa estamos viviendo sujetos a un presupuesto de inhibiciones. Deben invertirse todos los centavos porque, de otra manera, representarían una pérdida. "Noventa y nueve centavos no hacen un peso", nos diría papá, "por eso necesitamos ese centavo", y el centavo no se gasta nunca. ¡Ni se gastará nunca!

ALEJANDRO (sentándose): ¿Y qué es lo que quieres?

DANILO: Que apreciemos la utilidad del dinero. Yo no quiero amasar oro toda la vida.

ALEJANDRO: ¿Quieres derrocharlo?

DANILO: ¡Utilizarlo! ¡Aprovecharlo! Esa es la palabra. No quiero la plata por lo que es sino por lo que representa. No es razonable negociar para almacenar dinero. Hacemos uso del dinero sólo para hacer más dinero y mientras tanto nos hastiamos en esta pocilga, respirando un aire viciado y ahogando nuestros sueños de una vida mejor bajo una sábana fría y polvorienta.

ALEJANDRO: Ya te he dicho que papá piensa que debemos mudarnos a una casa mejor.

DANILO (sentándose junto a él): Le habrá costado gran trabajo decidirlo. Pero es parte del negocio y debe hacerlo. Ve en ello las ventajas que deducirá en el futuro. Quien vive en buena casa tiene derecho a exigir mejor trato. ¡Apariencias! ¡Sólo apariencias! Yo pretendo algo más. ¡Negociar, sí, pero también disfrutar! Aquí no será posible nunca. Para eso debo ser independiente, trabajar solo. Un centavo ciertamente puede producir otro centavo, pero también puede brindar un momento de felicidad, una satisfacción. La moneda tiene dos caras, pero papá sólo ve una de ellas.

ALEJANDRO: Ha nacido para los negocios.

DANILO (levantándose): ¡Bien! ¡Que se entierre él en sus negocios! ¡Que emplee toda su plata en negocios! ¡Pero que me entregue la mía! Yo sabré cómo usarla. ¿Qué espera para hacerlo? Se lo hemos pedido.

ALEJANDRO: Hablé con él tranquilamente hace unos días. Se refirió a sus planes. Creo que son acertados y que de-

bemos ofrecerle nuestro apoyo.

DANILO: ¡Planes! ¡Planes! ¡Siempre planes! ¿Qué es lo que piensa hacer ahora?

ALEJANDRO: ¡Comprar tierras en el norte! Si lo logra, será entonces cuando nos sentiremos firmes. ¡Haremos dinero a montones!

DANILO: Sí. Y después que compre tierras en el norte querrá comprarlas en el sur. Es el cuento de Las Mil y una Noches que acostumbra a contarnos para entretenernos siempre.

ALEJANDRO: Ahora va en serio. Hay posibilidades de comprarle las tierras a Eugenio. No le han resultado bien las cosas y se verá obligado a vender. Papá piensa que podrá conseguirlo.

DANILO (con ilusión): ¡Tierras en el norte!

ALEJANDRO: ¿Te das cuenta? ¡Ha estado pensando en ellas toda su vida! No podemos negarle ese gozo al viejo. No hablemos ahora de partición.

DANILO: Lo siento. Lo he pensado y quiero una separación. No necesitan de mi parte para comprar esas tierras. Yo puedo quedar fuera. Algún día tiene que ser y si siempre lo posponemos no será nunca. Yo voy a pedirselo ahora.

ALEJANDRO (levantándose después de meditarlo): Háblale, entonces. Pero, por favor, no lo hieras.

DANILO: ¿Por qué he de herirlo? Si es razonable y justo sabrá comprender que lo que pido es lógico, que soy joven y debo pensar en el futuro, que es hora de actuar por mí mismo.

ALEJANDRO: ¡Estoy seguro de que no te negará tus derechos!

DANILO: Esta es la ocasión para demostrarlo. Hemos cerrado un magnífico negocio. Si es que de veras ha pensado en nosotros puede darnos dinero ahora y repartirnos tierra y ganado. Hay suficiente para todos. Será entonces cuando podremos llamarnos hombres, porque tendríamos algo en las manos que defenderíamos y llamaríamos nuestro.

SEBASTIAN: Es un defecto que debes corregir.

DANILO: (violento): ¡También tú debes corregir tu forma de mirarnos!

SEBASTIAN (enérgico): ¡Basta!

DANILO (conteniéndose): ¡Si, basta! Tú siempre tienes la última palabra.

SEBASTIAN: No me habies así.

DANILO (levantándose): ¡Bien! Será como tú quieras.

SEBASTIAN: Di lo que tienes que decir. (DANILO CALLA)
¿Por qué callas? ¿Crees que no conozco a mis hijos?

DANILO: No tengo nada que decir.

SEBASTIAN: ¡Como siempre! ¡Hipócrita!

DANILO (murmurando): ¡Hipócrita!

SEBASTIAN: No balbucees palabras delante de mí. ¡Habla claro!

DANILO: ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Tienes razón. Quiero hablarte Pero no creo que sea este el mejor momento.

SEBASTIAN: Este es el momento. Si tienes algo que decir, dilo.

DANILO: Hablaremos después. Cuando estemos más tranquilos

SEBASTIAN: ¡Yo no tiemblo!

DANILO: Yo tampoco tiemblo, pero hablaremos después.

SEBASTIAN: Habla ahora.

DANILO: Está bien. Después de todo la hora de comida es el único momento de hablar, es la única ocasión de reunirse y mirarnos de frente.

SEBASTIAN: ¿Qué vas a decirme?

DANILO: Simplemente... recordarte.

SEBASTIAN: ¿Recordar qué?

DANILO: Tu promesa.

SEBASTIAN: Ah, se trata de eso.

DANILO: Sí. Creo que esta es una buena ocasión. Nunca esta-

remos en mejores condiciones económicas. Hemos prosperado y todo promete marchar cada vez mejor. Ya es hora de separarnos.

SEBASTIAN: ¿Por qué esa prisa?

DANILO: Nos hemos hecho hombres.

SEBASTIAN: ¿Cuál es la diferencia?

DANILO: Necesitamos actuar como hombres. Hemos trabajado siempre a tu lado, pero tú eres quien planea y decide los negocios. Nunca hemos intervenido. Dices que hay que hacer algo y lo hacemos. Pero nada más.

SEBASTIAN: ¿Te molesta obedecerme?

DANILO: No. No es eso... Es sólo que...

SEBASTIAN: A ver...

DANILO: No hemos tenido verdaderas responsabilidades. Al hombre lo hacen las responsabilidades. Tú mismo lo dijiste hace un momento.

SEBASTIAN: Mis responsabilidades son también de ustedes. Las de ustedes son también mías.

DANILO (sentándose nuevamente): Sí, entiendo. Pero cuanto yo deseo es... No pretendo ofenderte, papá, pero a tu lado me siento como un autómeta. ¡Obedezco!

SEBASTIAN: ¿Quieres explicarte mejor?

DANILO: No es necesario. Mi decisión te hablará más claramente. Quiero trabajar solo, por mi cuenta.

SEBASTIAN: ¿No te sientes bien con tus hermanos, conmigo? ¿Por qué te empeñas en trabajar solo, cuando podemos realizar una labor conjunta, ayudándonos los unos a los otros? Esa es la única forma de prosperar. Así lo hemos conseguido.

DANILO: Ya transigí una vez. Colaboré como se me pidió. Supe atender razones. Pero ya hemos ganado bastante. Ahora es tiempo de hacer lo que queremos. Fue nuestro convenio. Cuando hace dos años te propusimos trabajar por nuestra cuenta, nos pediste esperar. Bien, esperamos. Conseguimos lo que queríamos. Ahora, ¿qué más queremos?

SEBASTIAN: Debemos seguir juntos. No tenemos por qué desbandar el capital. Podemos aumentar nuestra riqueza y llegar más alto. ¿Te imaginas? Sabiendo administrar el dinero, como hasta ahora, llegaríamos a ser tan poderosos como Gabriel o Guillermo. Seríamos tan ricos como ellos. ¡Ya les enseñaría yo lo que es riqueza! Si las cosas siguen así...

DANILO: ¿Qué te importan a ti esas gentes?

SEBASTIAN (levantándose): Podemos ser como ellos y superarlos.

DANILO: ¿Para qué?

SEBASTIAN: ¿No aspiras a nada?

DANILO: Cuanto quiero es que cumplas tu promesa ahora. Repartir lo que nos pertenece.

SEBASTIAN: Pero todo cuanto hay es nuestro. Nunca hemos tenido problemas. ¿Para qué repartir?

DANILO: Porque quiero establecerme aparte. Saber que puedo disponer de algo. Ya no soy un niño. Es hora de emprender una forma de vida propia. No quiero depender de ti toda la vida.

SEBASTIAN: No dependes de mí. Todos somos propietarios. Es para ustedes para quienes he trabajado. No me pertenece nada. Cuando yo muera, entonces se hablará de partición.

DANILO: Sería perverso pensar que sólo cuando tú mueras podremos sentirnos en posesión de algo. No quiero pensar en que tú debes morir para conseguirlo.

SEBASTIAN: Ah, claro que no. Pero dividir nuestros bienes ahora supondría una suspensión de nuestros negocios, entorpecería muchas evoluciones que debemos realizar.

DANILO: Sabes que no es difícil. No estamos pleiteando. Podemos resolverlo en familia y hacer una partición con la aprobación de todos.

SEBASTIAN: Pero, ¿por qué te empeñas en una separación? Debemos estar unidos y trabajar. Todo marcha bien. La zafra de caña será la más grande que hemos tenido. ¿Has

visto los surcos? Ya han comenzado a sembrarse los trozos del tallo. ¿Has visto? Dos y tres yemas cada uno. En un campo más grande. ¿Para qué volverlo patas arriba? Si quieres llos, ya los tendrás con los abogados cuando yo muera.

DANILO: No voy a esperar a que mueras para recibir lo mío.

SEBASTIAN: No habrá partición.

DANILO: Sí la habrá.

SEBASTIAN: ¡He dicho que no!

DANILO (con mirada amenazadora): Entonces, recurriré a los tribunales.

SEBASTIAN (tocado): ¿Recurrir a los tribunales?

DANILO: Sí. Te obligaré a entregarme lo que me pertenece legalmente.

SEBASTIAN (calculador): ¿Qué dices? ¿Legalmente?

DANILO: No te gusta la idea, ¿verdad? Me creerás irrazonable e injusto, pero algún día teníamos que volver a hablar de esto. Pensaba entrar en razones contigo, pero como te niegas, me veré obligado a exigirte la parte que me corresponde por herencia de mi madre.

SEBASTIAN (abatido): ¡No hablemos de ella!

DANILO: Necesariamente tenemos que hablar de ella. Legalmente le correspondía la mitad de los bienes adquiridos durante el matrimonio. Al morir, quedó todo a nuestro favor. Yo te exijo mi parte.

SEBASTIAN: Sobran las explicaciones. Los reuní a todos y les expliqué que lo mejor era asociarnos y continuar como antes.

DANILO: Estuve de acuerdo. Pero ahora tengo mis motivos para dejar la sociedad.

SEBASTIAN: ¡Es estúpido! ¿Qué ganarás con ello?

DANILO (levantándose y yendo hacia él): Saber que trabajo por mí mismo. Empreder algo que me haga sentir útil. No quiero ser una pieza más de una máquina que quiere abarcarlo todo.

ALEJANDRO: Pídeselo. Tienes derecho.

DANILO: Debemos pedirselo todos. Como lo hicimos antes. Así tendrá más fuerza nuestra solicitud.

ALEJANDRO: Bien. No quiero causar un disgusto a papá, pero es razonable lo que quieres y sé que él no va a negarse. Cuenta conmigo.

DANILO (sonriéndole): Eso esperaba de ti.

(ENTRA MATILDE NUEVAMENTE, CON UNA BANDEJA EN LA QUE TRAE PLATOS PREPARADOS PARA EL DESAYUNO, TAZAS, PAN Y CAFÉ).

MATILDE: ¡A la mesa! (LOS HERMANOS OBEDECEN Y VAN A OCUPAR ASIENTOS EN LA MESA, ALEJANDRO A LA DERECHA, DANILO A LA IZQUIERDA). Se han levantado muy temprano hoy y bien merecen una taza de café caliente.

DANILO: Dame el azúcar, Alejandro.

(ALEJANDRO LE ATIENDE, MIENTRAS MATILDE LE SIRVE CAFÉ).

MATILDE: Papá se ha retrasado hoy. ¿Adónde ha ido?

ALEJANDRO: Está en el establo, atendiendo la yegua blanca.

MATILDE: Ah, lo había olvidado.

DANILO: Espera un buen potrillo de ella.

ALEJANDRO: Ojalá le resulte. La ha encastado con un magnífico pura raza.

MATILDE: No hay que preocuparse, tendrá un buen potro. ¡Tal como lo desea! La yegua blanca es de buena raza y sabrá parir bien.

ALEJANDRO: Así lo espera él. La cuida como a una mujer primeriza.

DANILO: Nunca le había visto poner tanto cariño en animal o gente. Se diría que la quiere más que a sus hijos.

ALEJANDRO: ¡Vamos! (Mojando un pedazo de pan en el café) ¿Me das un poco de leche, Matilde?

MATILDE: (pasándole el jarrón): ¡Ah, qué tonta soy!

ALEJANDRO (mientras se sirve): ¿Y Joaquín?

MATILDE (riendo, mientras se sienta con sus hermanos): ¡Arriba! ¡Durmiendo la borrachera!

DANILO: ¿Todavía?

MATILDE: Será difícil que se levante en todo el día. Hace un momento subí a su habitación y traté de despertarle, sin conseguirlo. Balbuceó algunas palabras, se volvió y siguió durmiendo profundamente.

ALEJANDRO: No quisiera estar en su pellejo cuando se enfrenta con papá.

MATILDE: ¿Crees que le pegará?

ALEJANDRO: Por supuesto. Nos prohibió ir a esa fiesta. Joaquín le desobedeció.

DANILO: Y nosotros no nos atrevemos a desobedecerle. ¿Verdad? Nunca le damos motivo. Siempre somos respetuosos y obedientes. Joaquín, el más joven, se ha atrevido a desobedecer.

ALEJANDRO: No debió hacerlo. No está acostumbrado a beber.

DANILO: Ninguno de nosotros. No acostumbramos a beber nunca. Siempre debemos estar serenos y despejados para levantarnos de madrugada. Nunca podemos tener una noche de diversión porque al día siguiente debemos trabajar. ¡Y así siempre! ¡Hizo bien Joaquín!

ALEJANDRO: ¡Hizo mal! Papá tendrá razón en pegarle.

MATILDE: ¡No! ¡No debe pegarle! ¡A mamá no le gustaría!

ALEJANDRO: Mamá murió hace cinco años, Matilde.

MATILDE: Pero ella no lo aprobaría. No le gustaba que papá nos pegara. Y él no debe hacerle. Nunca más.

ALEJANDRO: Bien sabes que papá no quiere que hablemos de ella.

MATILDE: (con intención). Sí. Bien que lo sé.

DANILO: No veo por qué no hablar de ella. Era nuestra madre. Debemos recordarle y honrar su memoria.

ALEJANDRO: Hay que justificarlo. Le afectó mucho su muerte.

DANILO (mirando la silla vacía de la madre): ¡Pobre mamá! Era tan cariñosa y dulce... Amaba lo delicado y bello y parecía amar la vida... Siempre me he preguntado... ¿por qué se suicidó? No tenía razones para hacerlo. Parecía tan feliz junto a nosotros.

MATILDE: Por favor, no hablemos de ella.

DANILO: Sí. Quizás papá tenga razón. Es mejor no hablar de ella.

MATILDE: Dice que es malo aferrarse al recuerdo y al pasado. (Sonríe irónicamente) ¡Cómo si de nosotros dependiera! (A Danilo) ¿Otra taza de café?

DANILO: No, gracias.

MATILDE: (reponiéndose): Después de todo, ¿qué de malo tiene que Joaquín haya querido divertirse? A mí me hubiera gustado ir a ese baile. Ustedes también querían ir. ¿verdad? Nunca vamos a ninguna parte. Pasan todo el día en el campo y sólo vienen a la casa a las horas de comer y dormir. ¡Nunca una diversión! Y cuando podemos conversar, todos estamos cansados.

DANILO: ¡Es cierto! Hubiéramos podido ir al baile, encontrar algunas muchachas y divertirnos un rato.

ALEJANDRO: Debíamos levantarnos temprano. Había que despachar el ganado.

DANILO: Lo hubiéramos hecho igual. Unos cuantos bailes no nos pegarían a la cama. Somos fuertes y estamos acostumbrados a las madrugadas. Lo que sucede es que no nos atrevimos a contradecir a papá.

ALEJANDRO: Le debemos respeto.

DANILO: Lo sé, pero respetar no es temer.

MATILDE: El nos ha acostumbrado a temerle.

ALEJANDRO: ¡Vamos! Hoy es un día en que las hemos tomado con papá.

MATILDE: Es cierto que le tememos. Yo le temo. Desde hace días quiero hablarle y no me he atrevido porque temo a

su mirada y a sus palabras. Temo a las respuestas que pueda darme. No me atrevo a acercarme a él y a mirarle de frente. Es un miedo que me hace temblar. Me repito a mí misma que no debo sentirlo, que él es mi padre y que a él debo consultar y pedir consejos. Pero nuevamente me atemorizo y callo.

ALEJANDRO: ¿Es tan importante?

MATILDE: Sí.

ALEJANDRO: ¿Qué quieres decirle?

MATILDE: Algo muy mío y muy de ustedes. (LOS MIRA EMOCIONADA). Voy a casarme.

ALEJANDRO: ¿Cómo? (SE LEVANTA Y CASI SE ARRODILLA JUNTO A ELLA, REGOCIJADO). ¿A casarte?

DANILO: (Levantándose a su vez, pero quedando de pie): ¡Vaya con la noticia! ¿Lo tenías tan callado? Pero, ¿es que tienes novio?

MATILDE: (timida): Sí, tengo novio.

ALEJANDRO: Pero, ¿cómo has podido guardar el secreto tanto tiempo?

DANILO: ¿Quién es él?

(MATILDE SE EMOCIONA Y RIE ENTRE LAGRIMAS SIN PRONUNCIAR PALABRAS).

ALEJANDRO: (cariñoso): Vamos, ¿qué te ocurre Matilde? ¿Es que vas a llorar?

DANILO: Eres una chiquilla.

MATILDE: No. Dejé de ser una chiquilla. Hace años que soy una mujer. ¡Una mujer!

ALEJANDRO: Entonces, ¿por qué esas lágrimas?

MATILDE: Porque he debido decirlo a papá antes que a nadie y no me he sentido capaz. Me ha faltado su confianza. Muchas veces he intentado hablarle, pero no me he sentido segura de que quisiera escucharme. Es como... como si me faltara la voz cuando estoy frente a él.

ALEJANDRO: ¿Por qué ese temor? El te hubiera escuchado y

te habría aconsejado.

MATILDE: Lo pienso así, pero no consigo decidirme a hacerlo. Su sola presencia me acobarda e intimida. Aparece frente a mí como un extraño, indiferente, o como un enemigo que no me quiere bien.

ALEJANDRO (levantándose): ¿Cómo puedes pensar así? ¿Nuestro padre un extraño, un enemigo?

MATILDE: Pienso de lo que sería capaz si...

ALEJANDRO: ¡Tonterías! (Sentándose nuevamente). Vamos ¿quién es el afortunado?

DANILO: A ver, dínos su nombre.

MATILDE: ¡Manuel!

DANILO: Ya sospechaba yo algo. Todas las mañanas los buenos días cuando pasábamos por su casa. Mucho rondar la nuestra por las noches.

MATILDE: Venía a verme. Yo hablaba con él, a escondidas, en la puerta de atrás. No le permitía acercarse a mí cuando salía con ustedes. Tenía miedo de que papá lo abochornara. Anoche me esperaba en el baile... pero yo no pude ir...

ALEJANDRO: ¿Y quiere casarse contigo?

MATILDE: Deseaba hablar con papá, pero yo le pedí dejarme hacerlo antes.

DANILO: ¿Vas a decirselo?

MATILDE: Prometí hacerlo hoy. Le diré que amo a Manuel y que deseamos casarnos. Tendrá que consentir.

DANILO (sentándose y volviendo a desayunar): Has elegido bien, Matilde. Me gusta Manuel.

MATILDE (A Alejandro): ¿Y a ti?

ALEJANDRO: A mí también. Me alegrará mucho la boda.

MATILDE: Oh, gracias. Necesito que me den fuerza para enfrentar a papá. He rezado mucho para que Dios me ayude a decir las palabras exactas.

ALEJANDRO: No hay que apurarse. Papá sabrá apreciar a Manuel. Le gustan los hombres que trabajan y Manuel sabe hacerlo.

MATILDE: ¡Si fuera así!

(LA CONVERSACION SE INTERRUMPE AL ESCUCHARSE LA VOZ DEL PADRE, SEBASTIAN, POTENTE E IMPERIOSA. MATILDE, ENTRETANTO, SE PONE DE PIE).

SEBASTIAN: (desde afuera): Eh, Carlos, vigila la yegua blanca, y si vuelve a revolcarse llámame. No te despegues de su lado.

DANILO: (despectivo): ¡Ya viene!

(ENTRA SEBASTIAN, VIENE SECANDOSE EL SUDOR Y PROTESTANDO).

SEBASTIAN: ¡Maldito sol! ¡Hace un calor de los mil diablos!

MATILDE: (yendo a su encuentro): Ah, papá no hay que quejarse. Ya estás en casa. Ahora a desayunar y a descansar un rato.

SEBASTIAN: ¿Descansar? ¿Cuándo se ha visto descansar en un día de sol?

MATILDE: Vamos, voy a quitarte las botas para que descanses los pies mientras desayunas.

SEBASTIAN: ¡Deja! No pienso quedarme en casa. Tenemos mucho que hacer en el cañaveral. (SE ACERCA A LA MESA DONDE ESTAN SUS DOS HIJOS SENTADOS Y LOS MIRA FIJAMENTE. LOS DOS HOMBRAS COMPRIENDEN SU MIRADA Y SE PONEN DE PIE. SEBASTIAN, SATISFECHO, SE SIENTA). ¿Dónde está ese café?

MATILDE: Se habrá enfriado.

SEBASTIAN: No lo quiero entonces.

MATILDE: Voy a preparar un poco.

SEBASTIAN: Sólo desayunaré. Hay que ir al cañaveral.

MATILDE: Seré pronta.

(SE ENCAMINA A LA COCINA, PERO LA VOZ DEL PADRE LA DETIENE).

SEBASTIAN: Espera, ¿dónde está Joaquín?

MATILDE: No se siente bien. Está en la cama.

SEBASTIAN: ¿Qué tiene?

MATILDE: Dijo que no se sentía bien.

SEBASTIAN: Yo sé lo que tiene. ¡Está borracho! (MATILDE RESPIRA PROFUNDAMENTE Y CIERRA LOS OJOS COMO SI EL MUNDO SE DESPLOMARA A SUS PIES). Lo sentí regresar anoche. ¿Por qué me mientes?

MATILDE: No lo sabía.

SEBASTIAN: Sí que lo sabías. Te ví llevarlo a su cama y acostarlo. ¿No sentiste el olor a alcohol? (MATILDE CALLA). ¿Por qué mientes?

MATILDE: No me di cuenta. Sólo ví que necesitaba ayuda y se la ofrecí. No sabía que estaba borracho.

SEBASTIAN: ¡Yo sí! Después que lo dejaste fui a su habitación. El cuarto estaba impregnado de mal olor y vómito. Ya se cree un hombre y quiere alardear de ello.

MATILDE: Tiene veinte años.

SEBASTIAN: A un hombre no lo hacen los años, sino las responsabilidades. Le prohibí ir a esa fiesta y me desobedeció.

ALEJANDRO: Hay que excusarlo, papá. Es muy joven.

SEBASTIAN: Ustedes también tuvieron su edad y nunca me desobedecieron. Una locura de juventud, una irreflexión, se castiga y pasa. ¿No es verdad, Danilo? Pero una desobediencia, no. Mis órdenes son para ser cumplidas.

MATILDE: Pero una vez que haya querido divertirse no es nada.

SEBASTIAN: (Mirando a Danilo): Al mal hay que ponerle remedio desde el principio, porque si no nos roe. (A MATILDE). En cuanto a ti, no vuelvas a mentirme. No me gustan las mentiras. (MATILDE LO MIRA FIJAMENTE). Prepara el desayuno. Tengo prisa.

MATILDE: En seguida.

(MATILDE SALE).

SEBASTIAN: (A Alejandro): Ve y dile que baje. Quiero hablarle.

ALEJANDRO: Déjalo dormir un poco. No debe sentirse bien todavía.

SEBASTIAN: ¡No me importa! Es un haragán. Evita el trabajo y viene a encerrarse con sus malditos libros en la habitación. Un día de estos les prendo fuego. Son ellos los que lo han hecho rebelde e irrespetuoso. Ve y tráelo.

ALEJANDRO: Será inútil hablarle ahora. No entenderá lo que vas a decirle.

SEBASTIAN (enérgico): ¡Yo me encargaré de que entienda! ¡Le voy a enseñar a respetarme! Anoche escapó sin que yo lo advirtiera. ¿Por qué lo hizo? Se fue a escondidas, porque sabía que hacía mal.

ALEJANDRO: ¡Había deseado tanto ir...!

SEBASTIAN: Pero no debía ir. Tenía compromisos. Debe acostumbrarse a cumplirlos. En cambio, ¿qué fue lo que hizo? Emborracharse, como un cualquiera.

ALEJANDRO: Estoy seguro de que no pensaba emborracharse. Pero como no acostumbra a beber...

SEBASTIAN: Basta de excusas. Ve y dile que baje.

ALEJANDRO: No vas a lograr nada así. Apenas te escuchará.

SEBASTIAN (significando sus palabras): Ve y dile que baje.

ALEJANDRO: (dominándose): Está bien.

(ALEJANDRO SE LEVANTA Y SUBE LAS ESCALERAS. DANILO HA SEGUIDO DESAYUNANDO EN SILENCIO. EL PADRE LE MIRA. DANILO DEJA DE COMER MECANICAMENTE).

DANILO: Me pone nervioso tu mirada.

SEBASTIAN: Entonces no tienes limpia tu conciencia. Algo me ocultas. Un hombre sincero no teme nunca a nada ni a nadie.

DANILO: Es sólo que no me gusta que me observen mientras estoy comiendo.

SEBASTIAN: ¿Me crees ambicioso? ¡Pues, sí! ¡Lo soy! Pero, ¿para quién trabajo? Para ustedes. ¡Sólo para ustedes! No quiero nada para mí.

DANILO: Lo sé. Pero así como comprendo tus afanes quiero que comprendas los míos. He pensado en casarme algún día, tener familia.

SEBASTIAN: Eso no impide que estemos siempre unidos. Esta es tu casa. Será también la de tu mujer y tus hijos.

DANILO: No es así como quiero vivir.

SEBASTIAN: Quieres disgregar la familia.

DANILO: No. Quiero formar la mía. Como debe ser. Esta será siempre la casa de nuestros mayores, pero la que llama mos nuestra es algo diferente... La forman nuestra mujer y nuestros hijos. Cada uno en su casa propia. Cada uno con lo que le pertenece. Es así como quiero vivir en el futuro. Saber que no dependo de nadie.

SEBASTIAN: Está bien. Déjame tiempo. Pensaré lo que mejor conviene para todos.

DANILO: No quiero evasivas ahora. Quiero que reúnas a todos y les hable hoy mismo. No voy a esperar un día más.

SEBASTIAN: ¿Te olvidas de que soy tu padre?

DANILO: No. No lo he olvidado. Sólo quiero prevenirte. Siempre tratas de evadir la cuestión. Siempre pospones nuestras solicitudes y nunca las atiendes definitivamente. Pero esta vez tienes que decidirlo.

SEBASTIAN: ¡He dicho que lo pensaré y basta!

DANILO: No voy a esperar más tiempo.

SEBASTIAN: ¿Quién crees que eres?

DANILO: ¡Un hombre!

SEBASTIAN: ¡Ante mí no lo eres! Eres mi hijo y debes escucharme. ¡Potros salvajes! ¡Consagro mi vida a levantar una familia y hacerla digna! La saco de la pobreza y la coloco junto a las mejores. ¿Y cómo se paga? ¡Alzando la voz! ¿Por qué crees que quiero mantener la sociedad? Porque ustedes son incapaces de desenvolverse solos.

DANILO: ¡Déjame probarlo!

SEBASTIAN: ¿Qué vas a ganar con ello? Ustedes me necesitan y no voy a dejarlos actuar torpemente sólo porque quieren trabajar por su cuenta. ¡Imbéciles! ¡Lo hago por su bien y no quieren entenderlo! ¡Desconfían! ¡Hablan a mis espaldas! ¡Me calumnian!

DANILO: ¿Qué te hace suponer que te caluniamos? ¿Qué te hace creer que hablamos a tus espaldas?

SEBASTIAN: ¿Suponen que no me he dado cuenta de que callan al verme entrar? Guardan silencio y disimulan. Hablan de mí a escondidas. Pero yo tengo buen oído y algún día los sorprenderé.

DANILO: Dios nos libre, ¿verdad?

SEBASTIAN: ¡Sí, Dios los libre! ¡Ingratos todos! ¡Ingratos!

(MATILDE ENTRA CON OTRA BANDEJA Y VA HACIA LA MESA MIENTRAS HABLA).

MATILDE: ¡He tardado un poco!

SEBASTIAN (áspero): No voy a desayunar.

MATILDE (mientras recoge los platos que ha traído antes): ¿Qué ocurre?

DANILO: Que he reclamado otra vez. Sólo eso.

SEBASTIAN: Baja la voz.

DANILO: Iré afuera entonces. Adonde pueda gritar. (SE ACERCA A LA PUERTA Y LA ABRE). ¡Al campo libre!

(DANILO SALE Y SEBASTIAN LO SIGUE CON LA MIRADA)

SEBASTIAN: Estos son los hijos que Dios me ha dado. ¡Rebel-des! No debo permitirles que me hablen en ese tono!

MATILDE: (mientras le prepara una taza de café). No acostumbran a hacerlo.

SEBASTIAN: ¿Por qué lo hace entonces?

MATILDE: Quizás tiene algún problema. ¿Por qué no le preguntas?

SEBASTIAN: ¿Preguntaría?

MATILDE: Le noto nervioso en estos días. Algo le ocurre. Si le preguntaras tal vez pudieras ayudarlo.

SEBASTIAN: Nunca le pregunto nada.

MATILDE (pasándole la taza de café): Debías preguntar alguna vez. Creo que necesita ayuda. Por eso se comporta así. Nunca antes lo había escuchado hablarte de ese modo.

SEBASTIAN: ¡Bah! ¡Es un malcriado! ¡Ya se arrepentirá de sus palabras! ¡No lo dejaré sentarse en esta mesa hasta pedirme perdón por lo que ha dicho! ¡Así aprenderá a respetarme! (DEVUELVE LA TAZA A MATILDE). ¿Dónde está Joaquín?

MATILDE: Todavía duerme.

SEBASTIAN: Alejandro subió a despertarlo. Debió haber bajado ya. (GRITA AIRADO HACIA LA ESCALERA). ¡Alejandro! ¡Alejandro!

(APARECE JOAQUIN, SEGUIDO DE ALEJANDRO, PERO SE DETIENEN EN LA ESCALERA. TODAVIA SE NOTAN EN JOAQUIN LOS EFECTOS DE LA BORRACHERA).

JOAQUIN: ¿Por qué gritas? Nadie es sordo en esta casa.

SEBASTIAN: Se dan los buenos días.

JOAQUIN: ¡Buenos días!

SEBASTIAN: ¿Qué tal has pasado la noche?

JOAQUIN: Muy mal.

MATILDE: Le daré café amargo.

SEBASTIAN: ¡Nada de consideraciones! (A JOAQUIN). Baja aquí.

JOAQUIN (acercándosele): ¿Qué ocurre?

SEBASTIAN: ¿Sabes qué hora es?

JOAQUIN: No me importa.

SEBASTIAN: Debí levantarte esta madrugada como a tus hermanos y hacerte arrear el ganado como lo hicieron ellos. Tenías obligación de hacerlo, pero estabas tan borracho

que ni a la cama pudiste llegar solo. ¿Desde cuándo has decidido hacer caso omiso a mis órdenes?

JOAQUIN: ¡Quería ir a ese baile!

SEBASTIAN: ¡No sin mi permiso! Pero ya te crees muy hombre y capaz de resoluciones. ¿No sabías lo que tenías que hacer hoy?

JOAQUIN: Sí, lo sabía.

SEBASTIAN: Te olvidaste, ¿no? Te olvidaste de que debíamos estar en pie temprano.

JOAQUIN: No. No me olvidé.

SEBASTIAN: ¿Entonces lo hiciste conscientemente? ¿A sabiendas de que desobedecías mis órdenes?

JOAQUIN: ¡Déjame en paz! Nunca voy a ninguna parte. Quería divertirme y lo hice.

SEBASTIAN: (lo toma por la camisa y le obliga a arrodillarse): ¡Ya te enseñaré a obedecer!

MATILDE: No le hagas daño, papá.

ALEJANDRO: Es hora de volver a trabajar, papá.

SEBASTIAN: Ve adelante. Debo ajustarle cuentas a éste.

ALEJANDRO: No se encuentra bien. Apenas puede sostenerse de pie. Déjalo dormir antes.

SEBASTIAN: ¿Dormir? Voy a darle su merecido.

ALEJANDRO: ¿De qué sirve ahora? En ese estado apenas se daría cuenta.

SEBASTIAN: Se burla de mí y trata de envaletonarse. Si hubiera sido un simple olvido... si se hubiera arrepentido de su acción... si hubiera pedido perdón.

ALEJANDRO: Dale una oportunidad. Ni siquiera te escucha. Se ha dormido a tus pies.

SEBASTIAN (A Matilde): ¡Pásame el fuste!

MATILDE: ¡No debes pegarle!

SEBASTIAN: ¡Pásame el fuste, he dicho!

(MATILDE SE DIRIGE A LA COCINA)

ALEJANDRO: Papá, perdónalo esta vez.

SEBASTIAN: ¿Qué esperas aquí? Te he dicho que vayas adelante.

ALEJANDRO: Está bien.

(ALEJANDRO SE DOMINA Y SALE. SEBASTIAN EMPUJA CON SU PIE EL CUERPO ADORMECIDO DE JOAQUIN).

SEBASTIAN: Levántate, haragán. (Se acerca a la puerta de la cocina) ¡Matilde! ¡Matilde! (Vuelve junto a Joaquín) ¿Dónde está ese fuate?

(MATILDE ENTRA CON EL FUETE EN LA MANO. SE DETIENE ANTES DE LLEGAR A SU PADRE Y LO MIRA FLIAMENTE).

MATILDE: Aquí está el fuate, papá, pero no vas a pegarle.

SEBASTIAN: ¿Qué dices? (VIOLENTO) Dame acá.

MATILDE: ¡No vas a pegarle he dicho!

SEBASTIAN: ¿Quién va impedirlo? ¿Tú?

MATILDE: No. Yo no puedo impedirlo. Tu fuate caería también sobre mí. Era tu modo de hacerte sentir. Lo habías olvidado. Y ahora quieres recurrir a él nuevamente. Pero no puedes hacerlo. ¡No otra vez!

SEBASTIAN: Sí, ¡otra vez y otra! ¿Quién va a impedirlo?

MATILDE: La memoria de mi madre que está siempre viva en tí, porque no has podido separarla de ti.

SEBASTIAN: ¿Por qué hay que mencionarla ahora?

MATILDE: Ya no volverás a usar tu fuate contra nosotros. Ella nunca quiso que tú lo hicieras. No debes hacerlo.

SEBASTIAN: ¡Yo sé cómo educar a mis hijos! ¡Dame acá ese fuate!

MATILDE (entregándole el fuate): Tómalo, pero óyeme bien, si le pegas...

SEBASTIAN: ¿Me amenazas?

MATILDE: Si le pegas... todo el mundo sabrá por qué murió mi madre.

SEBASTIAN: ¿Qué sabes tú de eso?

MATILDE: ¡Todo! ¡Todo! (ENFRENTÁNDOSELE). ¡Lo escuché todo! ¡Lo vi todo!

(EL PADRE LA MIRA SORPRENDIDO Y MATILDE RESPONDE A SU MIRADA CON ALTIVEZ Y UN ALGO DE TRIUNFO MIENTRAS CAE EL TELON PARA EL FINAL DEL PRIMER ACTO).

SEGUNDO ACTO

(El mismo escenario y el mismo día. Horas del mediodía. La mesa del comedor está preparada para el almuerzo. Al levantarse el telón, Joaquín, todavía entorpecido por el alcohol, viene bajando la escalerilla con las manos en la cabeza).

JOAQUIN: ¡Matilde! ¡Matilde! ¿Quieres ayudarme, por favor?
(SE VA JUNTO A LA MESA Y SE SIENTA). ¡Matilde!

MATILDE: (entrando con paños de agua fría): Al fin te levantas. ¡Es mediodía!

JOAQUIN: ¿Mediodía? ¿Y qué hacía durmiendo a estas horas?
(RECUERDA). El ganado...! Debi levantarme temprano para enviar... (COMPRENDIENDO). ¡Oh, no!

MATILDE: Lo has olvidado todo.

JOAQUIN: ¿Cómo es posible? Nunca había dormido tanto en mi vida.

MATILDE (poniéndole paños en la frente): ¿No recuerdas que ya antes te habías levantado?

JOAQUIN: ¿Yo?

MATILDE: Estuviste aquí hace algunas horas. ¿Ya no recuerdas?

JOAQUIN: No recuerdo nada. Me encontré tirado en la cama, así vestido. ¿Quién me ha puesto la ropa?

MATILDE: Nunca te la quitaste.

JOAQUIN: Ah, qué dolor de cabeza. ¿Quieres prepararme una limonada?

- MATILDE: Es hora de almorzar.
- JOAQUIN: No podré comer nada en todo el día.
- MATILDE: Pues te sentarás a la mesa como todos y fingirás que comes. Si por haber estado bebiendo dejas de comer, papá volverá a enfurecerse.
- JOAQUIN: ¡Siempre papá!
- MATILDE (enfriando nuevamente los paños): Estaba hecho una furia contigo.
- JOAQUIN: ¡Me importa! ¡No le tengo miedo! (LLEVÁNDOSE LA MANO A LA FRENTE). ¡Ah, mi cabeza! Parece que todo da vueltas a mi alrededor. (SE RECUPERA). ¿Qué dijo papá?
- MATILDE: (volviendo a ponerle paños en la frente y en el cerebro): ¿No lo recuerdas tampoco? Ya habló contigo.
- JOAQUIN: ¿De veras? Tampoco lo recuerdo. Mejor así. ¡Me he librado de un sermón! ¿Despacharon el bendito ganado?
- MATILDE: Sí. Te echaron de menos.
- JOAQUIN: ¡Bah! ¡No me necesitaban! Hay peones para hacer los trabajos. Pero el viejo quiere vernos siempre a su lado, sumisos, sirviéndole.
- MATILDE: (colocando los paños en el platillo): Somos nosotros quienes debemos ayudarlo.
- JOAQUIN: Pero no las veinticuatro horas del día. No somos sus peones, somos sus hijos.
- MATILDE (yendo hacia la mescedora que está a la derecha y tomando una costura de un cesto que está a su lado): El trabaja también. No se sienta a descansar. Le gusta el trabajo y la tierra.
- JOAQUIN: El tiene otras ideas y su amor por la tierra es interesado. La ama porque puede explotarla. Yo la amo por su sabor, por su olor, por su mezcla de cosa cruda y pura, y sufro al verla convertida en un medio de avaricia. La tierra hay que amarla y cuidarla, con devoción y gratitud, no agotarla con pasión insaciable, olvidando lo que en ella hay de hermoso, sino reconociéndola como una amiga del hombre que se ofrece para el bienestar del

- hombre y para unir al hombre. Quizás porque él no ha aprendido a conocer esta elevada significación de la tierra, se ha alejado de nosotros y ha ignorado las necesidades del espíritu.
- MATILDE: No es un hombre acostumbrado a mimar. No está hecho para las caricias y la comprensión.
- JOAQUIN: (levantándose): Yo no puedo aceptarlo así. Quiere imponernos su voluntad y obligarnos a hacer lo que quiere aunque no estemos de acuerdo. ¡Yo no puedo aceptarlo así! Tengo que estar convencido de que lo que hago es lo correcto y que al actuar no estoy violentando mis convicciones.
- MATILDE: Después de todo, él es nuestro padre y tiene más experiencia.
- DANILO: No puede ser que siempre estemos equivocados y que sólo él tenga la razón. Tenemos derecho a hacernos oír, a opinar y a expresarnos. El no nos reconoce ese derecho. Y en cuanto decidimos algo por nuestra cuenta estamos equivocados. Ni siquiera nos permite divertirnos alguna vez. Quiere mantenernos aquí, como a mujeres.
- MATILDE (casi para sí): A veces tenemos que mentirle y actuar a sus espaldas.
- JOAQUIN: ¿Te das cuenta? Alejandro es nuestro hermano mayor. Debía estar casado y con hijos. ¿Por qué no lo ha hecho? Porque no se atreve a buscarse una novia y a ofrecerle matrimonio. Espera que papá se la busque, como a él le guste. Quiere para nosotros verdaderas mujeres. Pero, ¿cuándo las encontraremos? Cuando él muera, porque nunca permitirá que descuidemos nuestro trabajo para ocuparnos de una familia.
- MATILDE: Ah, no lo creo así. Sólo se preocupa por nuestro porvenir. Lo hace por nuestro bien.
- JOAQUIN: Sólo se interesa por él mismo. Sólo le importa el dinero. Ganarlo sea como sea... aún a costa de nuestra felicidad. ¿Qué le importa si somos o no felices? Simplemente nos necesita, nos explota y no nos dejará escapar fácilmente! ¡Pero yo no quiero dinero! ¡Yo no quiero tierra! ¡Puede quedarse con todo lo mío! (SE LLEVA LA MANO A SU FRENTE Y SE DIRIGE A LA SILLA).

JOAQUIN: ¿Para qué? ¿Sabes lo que contestará? Que no debes casarte.

MATILDE: ¿Por qué no? Manuel es un buen muchacho.

DANILO: A él no le importa. Lo que le importa es tu dinero. Es un dinero que puede negociar para producir más dinero. Pero, me pregunto, ¿para qué?

JOAQUIN: Alejandro diría... que para nosotros.

DANILO: Sí, ciertamente. ¡Para disfrutarlo cuando él muera! Pero cuando él muera estaremos todos viejos y cansados. Ni siquiera tendremos hijos para hacerlos disfrutar nuestra riqueza. ¿De qué sirve una riqueza que se guarda? ¿Qué importancia tiene ese dinero? Es como forjar sueños y no realizarlos nunca.

MATILDE: Por favor, no hablemos de esto hoy. Mañana podemos reunirnos y planearlo todo bien. Haremos una petición conjunta.

JOAQUIN: ¿Y si se niega?

DANILO: Si se niega... buscaremos abogado. Es lo que debimos haber hecho hace tiempo.

MATILDE: Oh, no. Sería humillante para él. No debemos hacerlo.

JOAQUIN: ¡Sí que debemos hacerlo! Es ese miedo a actuar lo que nos tiene paralizados. Es ese miedo lo que lo ha ayudado a imponernos su voluntad durante tantos años. ¿Por qué tenerle miedo?

MATILDE: Es nuestro padre. ¡Sería inhumano!

DANILO: ¿Por qué llamar inhumano al reclamo de lo nuestro?

JOAQUIN: Inhumano es cuanto él hace con nosotros. Negarnos el derecho a vivir, destruir nuestras ilusiones, matar nuestras esperanzas, Convertirnos en seres desconfiados y temerosos.

MATILDE: ¡Está bien! ¡Mañana nos reuniremos y decidiremos!

DANILO: ¿Por qué esperar a mañana? Hoy debemos hacerlo.

MATILDE: ¡Hoy, no! Por favor, se lo suplico. Necesito hablar-

le. Tienen que ayudarme. Especialmente tú, Danilo.

DANILO: ¿Por qué yo?

MATILDE: Discutiste con él esta mañana. Está muy enojado contigo.

DANILO: No tiene razón. Es ese su modo de imponerse. Irritándose... cuando la razón es nuestra.

MATILDE: Ya lo sé, pero debes ayudarme un poco.

DANILO: ¿Qué quieres?

MATILDE: Papá te prohíbe sentarte en esa mesa mientras no te disculpes por cuanto le dijiste.

DANILO: Ah, no. No lo conseguirá nunca. No voy a arrepentirme de haber dicho la verdad.

JOAQUIN (riendo a carcajadas): ¡Papá quiere una disculpa por haberle dicho la verdad! Nos obliga a retractarnos de la verdad y a hablarle mentiras. (RIE MIENTRAS SE SIENTA. LUEGO DEJA DE REIR). ¿Las creerá, ciertamente? (VUELVE A REIR). Cuando se siente ofendido, hay que pedirle perdón.

DANILO: Yo no voy a pedirle perdón.

MATILDE: ¿Qué te importa una mentira más?

DANILO: Ahora es diferente. Ya no puedo seguir mintiendo. No debo mentir nunca más. ¡Mientras viva! Ahora es diferente.

MATILDE: ¿Diferente? ¿Qué hay de diferente ahora? Nada ha cambiado.

DANILO: Debemos cambiar nosotros y ser sinceros.

MATILDE: (suplicante): Hagámoslo mañana.

DANILO: ¿Mañana? (DUDA, PERO SE DECIDE AL VER LA MIRADA SUPLICANTE DE SU HERMANA). Está bien. ¿Qué quieres que haga?

MATILDE: Cuando papá llegue, te acercarás a él y le pedirás disculpas.

DANILO: (SENTÁNDOSE MOLESTO): ¡Oh, no! ¡No puedo!

MATILDE: Hazlo por mí.

DANILO: Está bien. Lo haré por ti.

JOAQUIN (LEVANTÁNDOSE): ¡Me dan asco! (VA HACIA LA ESCALERA Y SE VUELVE LUEGO A SUS HERMANOS). Siempre dejamos todo para mañana y nunca hacemos nada. Llámame para el almuerzo, Matilde, no quiero que papá se enoje.

(JOAQUIN DESAPARECE. MATILDE Y DANILO QUEDAN A SOLAS).

MATILDE: No hagas caso. (PONE SU MANO SOBRE EL HOMBRO DE DANILO). Gracias, Danilo.

DANILO: ¡No vale nada! ¡Yo tampoco valgo nada!

MATILDE: ¡No digas eso! Eres mi mejor hermano y el que más quiero. (SENTÁNDOSE A SU LADO). Vamos, ¿qué te ocurre?

DANILO: ¿Ocurrirme? Nada. ¿Por qué ha de ocurrirme algo?

MATILDE: Te noto nervioso en estos días, como si algo te preocupara.

DANILO: Desempeñas muy bien tu papel de madre.

MATILDE: No es ese el papel que quiero desempeñar. Me gustaría hacer de hermana y serlo sinceramente, mereciendo tu confianza. Quizás cuanto necesitas es un poco de confianza en alguien.

DANILO: Tú no puedes ayudarme.

MATILDE: ¿Cómo lo sabes?

DANILO: Porque mis problemas sólo yo puedo resolverlos. Se trata de confiar en mí mismo y de saberme digno.

MATILDE: ¡Eres digno!

DANILO: ¡No! ¡No lo soy!

MATILDE: ¿Qué te hace creerlo?

DANILO: Mi incapacidad para adoptar soluciones acertadas, justas. Mi irresponsabilidad ante los hechos. Mi inutilidad que me avergüenza.

MATILDE (LEVANTÁNDOSE): ¿Qué sabes tú? ¿Cuándo has tenido oportunidad de comprobar tu valer?

DANILO: Si la he tenido. Y he fracasado. ¡Soy un cobarde! ¡Un irresponsable! ¡Irresponsable! ¡Irresponsable! ¡Irresponsable! He cometido un gran pecado, Matilde.

MATILDE: ¿Qué quieres decir, Danilo?

DANILO: ¡He cometido un gran pecado! ¡No tendré nunca descanso en mi alma! Pero no quiero declararme vencido. Debo luchar por imponerme. ¡A cualquier costo! Después de todo, no es mía toda la culpa. Soy como me han obligado a ser. Pero confío en que podré ser yo mismo algún día y que sabré responder de mis actos.

MATILDE: ¿Qué pecado es ese?

DANILO: No lo preguntes. Sentirías gran vergüenza. Pero necesito otra oportunidad. Por eso quiero lo que me pertenece, por eso quiero saber lo que es mío, para ser yo sólo quien decida y defienda. Si lo consigo, me marcharé lejos de los reproches, de las miradas fijas, del constante doblegarse. ¡Y debo conseguirlo! ¡A cualquier costo!

MATILDE: ¿Y dejarás de escapar por las ventanas?

DANILO (palideciendo): ¿Quién te ha dicho a ti eso?

MATILDE: ¿Adónde ibas, Danilo?

(LA PUERTA SE ABRE Y APARECE SEBASTIAN).

SEBASTIAN: ¿Han llegado los muchachos?

MATILDE: Alejandro, no.

SEBASTIAN (sentándose en la mecedora, mientras Matilde se arrodilla y le quita las botas): ¿Dónde se habrá metido?

DANILO: Está en la loma, desmontando los montes.

SEBASTIAN: Le dije que lo hiciera mañana.

DANILO: Quiso hacerlo hoy.

SEBASTIAN: Le dije que mañana.

DANILO (levantándose): Pero no tenía nada especial hoy y quiso hacerlo. Está próxima la época de las lluvias y hay

que preparar los francos para el monte bajo.

SEBASTIAN (malhumorado): ¡Buena! Debió decirlo por lo menos.

DANILO: No pudimos encontrarte. Te buscamos por todo el cañaveral.

SEBASTIAN: Fui al establo. Me preocupa la yegua blanca. Se le ha hecho difícil el parto. (A MATILDE). ¿Está pronta la comida?

MATILDE: Francisca se encarga de prepararla.

SEBASTIAN: ¿Ya se siente mejor?

MATILDE: Nunca ha tenido nada, pero es una criada vieja y hay que consentirle sus caprichos. (SE LEVANTA Y MIRA A SU HERMANO CON INTENCION). Voy a traer tus zapatillas. (SALE).

(AL QUEDAR SOLOS, DANILO SE PASEA RECELOSO, Y LUEGO SE ACERCA A SU PADRE. AL HABLAR SE ADVIERTE QUE LO HACE DOMINANDO SUS NERVIOS).

DANILO: Quiero pedirte disculpas, papá, por la manera en que te hablé esta mañana.

SEBASTIAN: ¿Nada más?

DANILO: Nada más.

SEBASTIAN: ¿Crees que tengo la razón o no?

DANILO (conteniéndose): Tienes razón en lo que respecta a que debo obedecerte y respetarte.

SEBASTIAN: ¿Y en cuanto a que debemos seguir juntos?

DANILO: No quiero hablar más de eso.

SEBASTIAN: Contesta.

MATILDE (que ha entrado antes, trata de apaciguar la tensión). Aquí están las zapatillas. (SE ARRODILLA NUEVAMENTE AL MISMO TIEMPO QUE DIRIGE UNA MIRADA SUPLICANTE A SU HERMANO). Tengo que hablarte, papá.

SEBASTIAN (A Danilo): Contesta.

DANILO (conteniéndose): Es importante que sigamos juntos.

SEBASTIAN: No pareces muy seguro de creerlo, pero con el tiempo te convencerás de que he tenido razón.

DANILO: Sí, papá.

SEBASTIAN: Bien, así me gusta. Ahora a olvidarlo todo y a seguir como antes...!

DANILO (sin contenerse, da la espalda a su padre): ¡A seguir como antes...!

SEBASTIAN: ¿Qué sucede? (DANILO NO CONTESTA, MATILDE, QUE SE HA LEVANTADO LE OBSERVA TEMEROSA. SEBASTIAN SE MUESTRA PRUDENTE). Quiero que ensilles un caballo y vayas al pueblo después de comida.

DANILO: Está bien, papá.

SEBASTIAN: ¿No preguntas para qué?

DANILO (volviéndose al padre): Esperaba que me lo dijeras.

SEBASTIAN: Han llegado los instrumentos de labranza. Quiero que los veas y confrontes si están en buen estado, para que se realice el envío. La última vez recibimos algunos con desperfectos.

DANILO (disponiéndose a salir): Así se hará.

(DANILO SALE. MATILDE ESTA DE PIE, JUNTO A SU PADRE, EN SILENCIO).

SEBASTIAN: Necesitamos esos instrumentos. Ya hemos comenzado la siembra de la caña. Debes ver el cañaveral, Matilde. Hemos dedicado más campo. La zafra será mayor que la anterior. En enero veremos llegar nuevamente a los hombres para la recolección y la molienda.

MATILDE: ¿No tendremos problemas como el año pasado?

SEBASTIAN: Esta vez estoy preparado. Trabajarán los que se ajusten a la paga. Nada de exigir aumento después de comenzado el trabajo.

MATILDE (disponiéndose a preparar la mesa para el almuerzo): Los compadezco. Les asusta el "tiempo muerto" que siempre sigue a la zafra.

SEBASTIAN: (levantándose y acercándose a Matilde): Yo no puedo solucionar el desempleo. Contrato y pago. Si este año traen los mismos problemas, ya aparecerán otros hombres para realizar el trabajo. Peor para los que se quejen y quieran reclamar más de lo convenido.

MATILDE: Quizás si se les pagara más razonablemente...

SEBASTIAN: Sobra gente para el trabajo. Es la ley de la oferta y la demanda.

MATILDE: Pero hay que pensar en el tiempo muerto que pasan sin trabajar.

SEBASTIAN: Ese no es mi problema. Es un problema que corresponde al gobierno. Creo que todo será más ventajoso esta vez. Me alegro de que Danilo haya recapacitado. Tenemos muchos proyectos buenos que no podemos echar a perder hablando de partición. (VOLVIENDO A SENTARSE EN LA MECEDORA). ¡Pero qué te interesan a tí estas cosas! ¡Son cosas de hombres! ¿Qué querías hablarme?

MATILDE: ¿Cómo?

SEBASTIAN: Me parece que querías hablarme hace un momento.

MATILDE: Sí, sí.

SEBASTIAN: Bien, ¿qué quieres?

MATILDE: (llevándose las manos a su pecho, inconscientemente): ¿Ahora?

SEBASTIAN: ¿No pensabas hacerlo ahora?

MATILDE: Sí, claro. Pero comenzamos a hablar y ya no sé cómo decirte lo que quería.

SEBASTIAN: Es extraño. Nunca hemos hablado tú y yo de cosas que necesiten decirse especialmente.

MATILDE: No hemos conversado muy a menudo.

SEBASTIAN: Tienes razón. El trabajo nos roba la mayor parte del tiempo.

MATILDE: Es una situación rara. (VA HACIA SU PADRE Y

SE SIENTA A SUS PIES). No sé cómo empezar. No encuentro las palabras.

SEBASTIAN: ¿Qué te preocupa?

MATILDE: Quiero hablarte como a un padre.

SEBASTIAN: ¿Es que he dejado de serlo?

MATILDE: No, no. Pero me es tan difícil esta situación de hija en busca de un consejo. (MIRA A SU ALREDEDOR CON INQUIETUD COMO SI NECESITARA EL APOYO DE ALGUIEN). No sé... Si mamá estuviera aquí, todo sería más fácil.

SEBASTIAN: ¿Por qué la nombras?

MATILDE: Sé que no te gusta que hablemos de ella, pero no pude evitarlo.

SEBASTIAN: Hay que dejar a los muertos que descansen en paz.

MATILDE: Lo creo así, pero la necesito tanto ahora. Si ella viviera... lo habría hecho en mi lugar.

SEBASTIAN: ¿Hacer qué?

MATILDE: Hablar contigo.

SEBASTIAN: Estamos hablando ahora y no la hemos necesitado.

MATILDE: Cierto, pero se hace tan difícil.

SEBASTIAN: ¿De qué se trata?

MATILDE: Estoy enamorada, papá. (SEBASTIAN CONFUNDE SU MIRADA CON LA DE ELLA QUE LE MIRA FIJAMENTE). Manuel quiere pedirte mi mano.

SEBASTIAN: ¿Cómo?

MATILDE: Quiere hablar contigo para pedirte mi mano. Me ha pedido que me case con él.

SEBASTIAN: ¿Y tú que has respondido?

MATILDE: Estoy enamorada de él.

SEBASTIAN: Eres muy joven, Matilde.

MATILDE: Tengo veintidós años. ¿Es eso ser joven? Las que fueron mis amigas se han casado ya.

SEBASTIAN: Sí, quizás no hemos advertido que te has hecho una mujer. (SE LEVANTA Y SE PASEÁ). ¿Y dónde te has visto con él?

MATILDE: Hemos crecido juntos. Le he visto muchas veces.

SEBASTIAN: Pero, ¿dónde te declaró su amor? ¿Cuándo?

MATILDE: Me escribió.

SEBASTIAN: Muéstrame sus cartas. (MATILDE PALIDECE). No hay cartas ¿verdad? (MATILDE HACE UN MOVIMIENTO NEGATIVO Y BAJA SU FRENTE AVERGONZADA). ¡También mientes! ¡Como todos ellos! ¿Por qué verte a ocultas con él? ¿Por qué hablarle a ocultas?

MATILDE: No hubo nada malo en nuestros encuentros.

SEBASTIAN: ¿Lo hacías a mis espaldas y lo consideras honesto? ¿Quién te aconsejó hacerlo? ¿Joaquín, con sus malditas lecturas? ¿Cuál de tus hermanos te dijo que era honrado encontrarse con un hombre a espaldas de tu padre?

MATILDE: Ellos no tienen nada que ver con esto.

SEBASTIAN: ¿Dónde se veían? (MATILDE CALLA). Tienes que decirme. Quiero saber cómo se burlaba mi autoridad en mis propias narices. ¿Dónde diablos se veían?

MATILDE: En la puerta de atrás, cada noche, mientras tú jugabas al solitario y los muchachos se entretenían con el dominó.

SEBASTIAN: ¡Como una mujerzuela!

MATILDE: ¡No, no! Como una mujer joven que necesita ser halagada, deseada, como una mujer que tiene derecho al amor. (AHORA JUNTO A SU PADRE). Manuel me miró y hallé sinceridad y cariño en su mirada, por eso le correspondí con la mía y le acepté. No me avergonzaba de recibirle cada noche porque no había nada de vergonzoso en nuestro encuentro.

SEBASTIAN: ¿Necesitabas recibirle allí?

MATILDE: ¡Sí! ¡Era el único sitio y el único momento! Tú te habrías negado a recibirle en nuestra casa como amigo.

SEBASTIAN: Hasta mi puerta no llegan los peones.

MATILDE: No llega nadie más, porque tus vecinos se han convertido en rivales a quienes quieres superar y hundir, y a los hombres del campo no los llamas amigos sino siervos. Nos hemos aislado de todos porque hasta la amistad nos ha sido negada. ¿Qué es lo que pretendes hacer de nosotros?

SEBASTIAN: Debemos saber elegir a los amigos. Y por lo que veo, yo sigo teniendo la razón. Un descuido mío, y mis hijos se mezclan con los hijos de los peones.

MATILDE: ¡Es un hombre trabajador!

SEBASTIAN: ¡Sin preparación, un hombre crudo!

MATILDE: No podemos elegir, papá. Tampoco yo tengo ninguna. Apenas sé leer y escribir. Cuando mi juventud empezaba a ganarme admiradores me encerraste en la casa y apenas salía contigo. Nunca más volví a la escuela, porque tú no tenías tiempo para llevarme y yo no podía ir sola.

SEBASTIAN: Lo hice por tu bien. En un despoblado es muy peligroso que una muchacha ande sola.

MATILDE: ¡Soy una mujer del campo! No pretendo convertirme en señorita de la ciudad. Lo dejaré para mis hijos. Ellos irán a la ciudad, estudiarán allí y podrán codearse con lo mejor. Fue lo que debiste hacer conmigo si pretendías algo superior para mí. Pero antes, no ahora. Ahora soy una campesina vulgar que sólo puede pretender a un campesino.

SEBASTIAN: ¿Y crees que consentiré?

MATILDE: Espero tu consentimiento. Lo deseo. Pero sabes que no lo necesito. Soy mayor de edad. Pero no quiero actuar contra tu voluntad.

SEBASTIAN: Pretendía para ti un hombre preparado y digno.

MATILDE: Manuel tiene juventud y sueños. Ama la tierra y la comprende, sabrá trabajar como hasta ahora. Tú le has visto. Es uno de tus mejores hombres y con el tiempo podrá luchar por sí solo, como lo hiciste tú. Tú puedes ayudarlo, si quisieras.

SEBASTIAN: Por lo que escucho... es un hombre inteligente.

MATILDE: ¿Qué quieres decir?

SEBASTIAN: Seguramente, si te casas, querrás que hagamos una partición.

MATILDE: No teníamos que hablar de eso ahora. No me interesa por el momento.

SEBASTIAN: Pero has pensado en una partición, ¿verdad?

MATILDE: ¿Para qué negarlo? Sí. También estoy de acuerdo con la partición. Voy a establecerme aparte.

SEBASTIAN: ¿Se lo has dicho a él?

MATILDE: Claro que sí. Hemos hecho planes. La posibilidad de establecerme aparte y trabajar por nuestra cuenta... (SE INTERRUMPE Y MIRA A SU PADRE RECELOSA) ¿Qué pretendes insinuar? (SE ACERCA A SU PADRE Y LE MIRA AIRADA). ¿Qué diablos pretendes insinuar? ¡No es verdad! ¡El me ama!

SEBASTIAN: Ha pensado muy bien. Se casa con mi hija y pasa de peón a administrador de sus bienes. Muy astuto. Le admiro.

MATILDE: ¿Cómo puedes pensar así? Es una horrible calumnia. ¡No es esa clase de hombre!

SEBASTIAN: ¡Ya conozco a los hombres como él! ¡En busca de una oportunidad para enriquecerse! ¡Ya la ha encontrado!

MATILDE: ¿Cómo puedes inventar tan fácilmente una mentira? ¡Con qué habilidad destruyes a un hombre digno y le haces reprochable! Pero has sembrado en terreno árido, porque no atenderé nunca a tus palabras.

SEBASTIAN: ¿Lo pones sobre mí? ¿No has venido en busca de mis consejos? ¿Qué esperabas? ¿Que permaneciera indiferente cuando se hace a mi hija objeto de una burla? Ese hombre no puede pretenderte a tí, él lo sabe.

MATILDE: Es un hombre y yo soy una mujer. Me bastó eso. A él no le importan las barreras que parecían separarnos.

SEBASTIAN: Porque respondía a un plan bien elaborado. ¡Una joven estúpida! Te dicen unas palabras de amor y te ciegas. No titubeas en ofrecerte y darle lo tuyo.

MATILDE: Si nos amamos debemos compartir.

SEBASTIAN: ¿Qué te ofrece él? Tú eres quien ofrece. Pero no lo conseguirá. Lo echaré de mi finca, a él y a todos los suyos.

MATILDE: ¿Qué ganarás con ello? No podrás separarnos. Me iré con él. Tú sabes que lo haré.

SEBASTIAN (sentándose nuevamente y poniéndose sus botas): ¡No lo intentes! Sería capaz de matarlos a los dos.

MATILDE: Sólo queremos estar juntos y amarnos honradamente. No nos importa nada más.

SEBASTIAN: Ya veremos lo que él piensa cuando lo haga abandonar mi finca. Ya veremos qué dice cuando le ofrezca dinero para que te deje en paz.

MATILDE: No conseguirás humillarlo.

SEBASTIAN: Se venderá como todos. Cuando yo me le enfrente y le arranque la verdad sabrá aceptar condiciones. Tienes un padre para defenderte.

MATILDE: No necesito que me defiendas contra viles calumnias, sino que me ayudes a conseguir la felicidad. Estás equivocado. ¿Crees que es el dinero lo único importante en la vida? ¿No dejas lugar para el amor, para un amor honrado y desinteresado? ¿Te has olvidado de que puede existir amor entre los hombres?

SEBASTIAN (poniéndose de pie y acercándosele): ¡Conozco mi obligación! Te ha aturdido la emoción de un primer noviazgo y no voy a dejarte cometer un grave error. Voy a echar a ese aventurero de mi finca. Voy a obligarle a decir la verdad.

MATILDE: ¡No! ¡No lo hagas!

SEBASTIAN: Tienes miedo a comprobar la verdad ¿no? Pues la sabrás. Ya le verás aceptar mi dinero y marcharse para siempre.

MATILDE: ¡No! ¡Nada de ofrecerle dinero! Echale si quieres, pero no le hables de esto nunca. Lo humillarías y lo harías sufrir. No lo merece.

SEBASTIAN (disponiéndose a salir): ¡Yo sabré lo que hago con él!

MATILDE (corriendo y deteniéndolo a la puerta): No le digas lo que has pensado de él, porque es mentira. No le digas.

SEBASTIAN: ¿Quieres venir tú conmigo? ¿Quieres verlo enredado en sus propias palabras?

MATILDE (apoyándose a la puerta): ¡No sería capaz! ¡Me sentiría cómplice! No podría ver a un hombre llorando de rabia porque se le acusa injustamente y no puede defenderse. No podría soportar una acusación inhumana y perversa.

SEBASTIAN: ¡Le defiendes aún!

MATILDE: ¡Debo defenderle! (LE MIRA FIJAMENTE, RETARDORA, LUEGO SE DOMINA). No le digas nada y yo te prometo...

SEBASTIAN: ¿Prometer qué?

MATILDE: Echalo si quieres, pero no le hagas saber nunca cuanto hemos hablado. Yo te prometo... no verle nunca más.

SEBASTIAN: ¿Qué vale tu promesa?

MATILDE: Lo juego todo. Bien sabes que renuncio a todo. Para siempre. (SEBASTIAN LA MIRA FIJAMENTE). Prométeme que no le dirás nada, y yo sabré cumplir a mi vez.

SEBASTIAN (después de meditarlo): Está bien. ¡No le haré saber nada!

(MATILDE SE SEPARA DE LA PUERTA. SEBASTIAN SALE. BREVE SILENCIO. MATILDE SE SIENTE ATURDIDA, COMO EN EL VACIO. LUEGO SE ESCUCHA LA ARMONICA DE ALEJANDRO QUE TOCA ALEGREMENTE).

ALEJANDRO (desde afuera): Danilo, ¿vienes a la casa?

DANILO (desde fuera): Sí. Espera.

(MATILDE LLEVA LA MANO A SU FRENTE, DISIMULA UNA SONRISA Y SE ACERCA A LA ESCALERA).

MATILDE: ¡Ya vienen los muchachos, Joaquín!

(LA ARMONICA SE ESCUCHA MAS ALEGRE Y MAS CERCA MIENTRAS EL TELON CAE PARA EL FINAL DEL SEGUNDO ACTO).

TERCER ACTO

(El mismo decorado. El mismo día, antes de la cena. La lámpara de gas que pende del techo está ahora encendida. El padre se encuentra jugando al solitario, mientras Alejandro y Joaquín, en la mesa de comer, juegan al dominó. Entra Matilde, y se acerca a sus hermanos. Se nota abatida).

MATILDE: Es hora de preparar la mesa. Ya vamos a cenar.

SEBASTIAN: (levantando la mirada): ¿No ha regresado Danilo?

MATILDE: Todavía.

SEBASTIAN: Se ha tardado demasiado en el pueblo. Ya debía estar de regreso. Sólo tenía que examinar los aperos y volver.

JOAQUIN: Quizás se fue al cine. No siempre tenemos oportunidad de ir al pueblo.

SEBASTIAN: No debió hacerlo. Sabe que no cenamos hasta estar todos reunidos.

JOAQUIN: Un día que cenemos sin él, no importa.

ALEJANDRO (levantándose de la mesa): ¡Papá tiene razón! No debía retrasarse.

SEBASTIAN: Si pensaba quedarse más tiempo en el pueblo debió habérmelo dicho.

JOAQUIN (colocando el dominó en su caja): Pero, ¿qué importan unas horas más?

SEBASTIAN: Si importan. Es así como comienza el desorden y la falta de disciplina.

JOAQUIN: ¡Este no es el ejército!

SEBASTIAN: Pero es mi casa y quiero orden. Puede haberle ocurrido algo en el camino. ¿Cómo vamos a saberlo?

¡Ah, mi cabeza! ¡Mi cabeza! (SE SIENTA). ¡Yo no quiero nada!

MATILDE (yendo hacia él): ¿Quién habla de eso?

JOAQUIN: ¿No te has dado cuenta todavía? Por eso no nos deja en paz. Teme a que nosotros reclamemos lo nuestro. Y él no quiere despojarse de ello. ¡Pero con lo mío puede quedarse! ¡No me interesa! ¡Si él supiera...! ¡Si él supiera...! ¡Yo sólo quiero su cariño!

MATILDE (abrazándolo contra su pecho): ¡Joaquín!

JOAQUIN: Nunca ha sido un padre. Ha sido siempre un obstáculo que no nos deja manifestarnos, que nos impide ser alguien, que nos niega todo derecho. Y yo no puedo soportar esa condición. Yo necesito la libertad del aire y el calor del cariño para saber qué soy humano.

MATILDE: -El no ha sabido comprenderlo.

JOAQUIN: Pero yo estoy dispuesto a conseguirlo. Si él se convierte en enemigo, no me queda más remedio que combatirlo. Los he visto a todos ustedes rindiéndole pleitesía, atemorizados, callando sus verdaderos sentimientos, y he aprendido mucho. He aprendido que no debo seguir esa línea de conducta, que no permitiré que me tome entre sus manos como a ustedes y me inutilice, me esclavice.

MATILDE: ¿Quién habla de esclavitud?

JOAQUIN: ¡Yo hablo! Es a lo que estamos reducidos todos en esta casa. Danilo es también un hombre. ¿Sabes lo que piensa tu hermano? ¿Sabes lo que hace tu hermano? No. No lo sabes, porque nos hemos acostumbrado a callar nuestros sentimientos. Tenemos miedo de hablar por temor a que nos escuche nuestro padre y nos recrimine. ¿Quieres esclavitud mayor? Cuando no se tiene derecho a hablar es como no tener derecho a vivir. La muerte es preferible a un silencio obligado. He visto a Danilo escurrirse por la ventana cuando cree que todos dormimos y regresar casi al despuntar el día. ¿Adónde va? Nunca lo ha dicho a nadie.

MATILDE: ¿Estás seguro de lo que dices?

JOAQUIN: Algunas veces he intentado preguntarle adónde va

por las noches, pero hasta yo mismo me he acostumbrado a guardar silencio y a no preguntar.

MATILDE: Es extraño. ¿Adónde irá?

JOAQUIN: Al principio me preocupó y me mantenía despierto, pero lo ha hecho tantas veces que ha dejado de preocuparme.

MATILDE: ¿No se te ha ocurrido seguirlo y averiguar?

JOAQUIN: Es su secreto y no debo violarlo. Además, no quería avergonzarlo.

MATILDE: ¿Avergonzarlo?

JOAQUIN (levantándose): Es mayor que yo. Es también un hombre. Es vergonzoso que un hombre tenga que escapar de su casa por la ventana porque tiene miedo a que descubran que usa la puerta para salir. ¿A qué se debe su temor? A la intransigencia de nuestro padre. ¿A quién teme? A él. Yo no pienso vivir de ese modo. Yo voy a hacerle frente a mi padre y a mirarle a los ojos. Por eso me fui al baile anoche. Yo quería ir. ¿Por qué había de abstenerme? (SONRÍE COMPLACIDO). Me fui al baile. Me divertí como nunca se han divertido ustedes. Y creo, sinceramente, que no hacía ningún mal.

MATILDE: Me hubiera gustado ir contigo. ¿Cómo estuvo la fiesta?

JOAQUIN (acercándose a ella, divertido): ¡Alegre! ¡Alegre para mí! Porque había logrado romper esa barrera de temor que detiene a mis hermanos. He logrado escapar para siempre del despotismo de mi padre. Y sólo hice un pequeño esfuerzo para liberarme de sus imposiciones. ¡Un pequeño esfuerzo! Me dije a mí mismo: lo haré. ¡Y lo hice!

MATILDE (entusiasmada): ¿Muchos jóvenes?

JOAQUIN: ¡Muchos! (CON MALICIA). Y después, nos fuimos un grupo al pueblo y allí nos divertimos de veras.

MATILDE (sonrojándose): ¿Con mujeres?

JOAQUIN: ¿Sabes? Fue la primera vez que estuve a solas con una mujer. De pronto me di cuenta de qué ya era un

hombre. (MIRA EL ROSTRO SONROJADO DE MATILDE). Ah, perdona, no debo hablarte de estas cosas.

MATILDE: No, no. Puedes hablar con confianza. Me gusta escucharte. Es tan hermoso poder movernos libremente, sin que nada detenga nuestros pasos.

JOAQUIN: Hice lo que deseaba hacer. Creo que ha sido la primera vez que me he sentido alegre. ¡No me importa sentir al otro día mil dolores de cabeza!

(ENTRA DANILO, VIENE APESADUMBRADO Y APARENTE CANSADO Y PREOCUPADO, SIN EMBARGO, AL VER A SUS HERMANOS, PRETENDE COMPOR-TARSE NORMALMENTE).

DANILO: (a Joaquín): ¿Ya se te pasó la horrachera?

JOAQUIN: Sí. Pero quizás esta noche me emborrache de nuevo.

MATILDE: No lo harás.

DANILO: ¿Por qué no? Creo que es lo que debemos hacer todos.

JOAQUIN: ¿Escuchas, hermanita?

MATILDE: No debes hacerlo. Puede perjudicar tu salud.

JOAQUIN: Lo que hay que salvar es el alma, no el cuerpo. Y si seguimos viviendo de esta manera desconfiaremos de Dios, se corromperá nuestra alma e iremos a parar todos al infierno.

DANILO: Así es. El alcohol nos impide pensar. Es lo que necesitamos.

MATILDE: ¿Qué te pasa a tí?

DANILO: Nada. Nada.

MATILDE: ¿Lo juras?

JOAQUIN: No lo hagas jurar. Le pasa lo que a todos. Estamos cansados de sentirnos inútiles. Siempre así y sin esperanzas de cambiar.

DANILO: Yo voy a cambiar.

JOAQUIN: Todos los días lo repites y nunca lo haces. No te atrevas a hacerlo.

DANILO: ¡Ahora va en serio! Tenemos que responsabilizarnos con algo alguna vez. Ya no somos niños. Y para ser hombres tenemos que alejarnos, separarnos. Cada quien con sus problemas, resolviéndolos honradamente. Papá tiene que oírme y decidirse de una vez por todas. Hablé con él esta mañana y prometió reunirnos a todos.

JOAQUIN: ¿Prometió? ¿Creiste nuevamente en su promesa?

MATILDE: Puede ser que cumpla.

JOAQUIN: No cumplirá. No se desprenderá fácilmente del dinero. Tampoco dará las tierras. Quiere saberse dueño de todo. Estará luchando hasta morir. Sólo cuando muera podremos contar con ese dinero.

DANILO: Podemos obligarle. Si nos ponemos todos de acuerdo y le hablamos podremos obligarle. Tú estás de acuerdo conmigo, Joaquín.

JOAQUIN: ¿Y Alejandro?

DANILO: Alejandro está dispuesto a apoyarnos.

JOAQUIN: Me sorprende. Nunca ha estado dispuesto a ponerse de nuestra parte. Bien, todo parece muy fácil. Pero ya lo hicimos una vez y nuestro padre nos envolvió con sus palabras y su astucia hasta convencernos de que debíamos esperar. Otra vez volverá a intentarlo, y otra vez nos someteremos.

MATILDE: Debemos unirnos más fuertemente, entonces. Yo también quiero separar lo mío. Voy a casarme y quiero saber que puedo ofrecer algo a mis hijos... sin complicaciones.

JOAQUIN: ¿A casarte?

MATILDE: Sí, con Manuel. Voy a decirselo hoy a papá. Pero, por favor, no tratemos de particiones hasta que yo le haya hablado. Quiero hablarle serenamente y si ponemos el tema se alterará y no querrá escucharme...

JOAQUIN: Otra vez ese maldito temor. ¿Qué te importa su consentimiento? ¡Casate con quien te dé la gana!

MATILDE: No, no puedo hacerlo. Es mi padre. Debo pedirle su consejo.

Entonces nos preocupamos mientras él se entretiene a beber Dios en qué cosas.

MATILDE (mientras tiende el mantel): ¿Por qué pensar que le ha ocurrido nada malo?

SEBASTIAN: Porque debía estar aquí hace tres horas. ¡Por eso! El pueblo está a cuarenticinco minutos. Revisar los apuros le tomaba una hora. ¿Por qué no ha regresado?

ALEJANDRO: Papá tiene razón en preocuparse. Otras veces ha ido en diligencias al pueblo y nunca se ha retrasado tanto.

MATILDE: ¡Quizás ha querido divertirse un poco!

ALEJANDRO: ¡No debió hacerlo!

JOAQUIN: ¿Por qué no?

ALEJANDRO: Porque... (MIRA AL PADRE Y LUEGO A SUS HERMANOS). Fue a realizar un trabajo, no a divertirse.

SEBASTIAN: Es una falta de responsabilidad de su parte.

MATILDE: Pero le están acusando sin saber siquiera qué le ha ocurrido. ¿Por qué no esperar a que llegue? Entonces se le pregunta.

(MATILDE TOMA EL DOMINO Y SE DIRIGE A LA COCINA EN BUSCA DE LOS SERVICIOS DE LA MESA. SEBASTIAN RECOGE LAS BARAJAS EN UN MAZO Y JUEGA CON ELLAS AL MISMO TIEMPO QUE SE LEVANTA).

SEBASTIAN: Bien. Llegaré al establo entretanto.

ALEJANDRO: ¿Qué te ha parecido el nuevo potrillo? ¿Te gusta?

SEBASTIAN: ¡Mucho! La yegua blanca supo complacerme. (COLOCANDO LAS BARAJAS SOBRE LA REPISA QUE ESTA EN LA PARED). Voy a ver qué tal se encuentra.

JOAQUIN: No debieras ir ahora. Casi vamos a cenar.

SEBASTIAN: Si tenemos que esperar por tu hermano...! Prefero irme al establo un momento. Confío en que a la hora de cenar estaremos reunidos. Quisiera hablarles esta noche de las nuevas tierras que he comprado.

JOAQUIN (despectivo): ¿Qué he comprado!

SEBASTIAN: (a Joaquín). ¿Qué comentas?

ALEJANDRO (interesado): ¿A qué te refieres?

SEBASTIAN: ¡A las tierras del norte! He comprado los terrenos de Eugenio!

ALEJANDRO: ¿De veras?

SEBASTIAN: Voy a llevar allí una gran parte del ganado. De esa manera nos economizaremos tener que trasladarlo para hacer embarques.

ALEJANDRO (regocijado): ¡Magnífico! Son terrenos humiferos de gran valor. ¡Al fin lo has logrado!

(ENTRA MATILDE NUEVAMENTE, CON PLATOS, Y SE DISPONE A COLOCARLOS SOBRE LA MESA).

SEBASTIAN: Pero, por supuesto, no podemos hablar ahora de particiones. (MATILDE Y JOAQUIN, QUE HA PERMANECIDO SENTADO EN LA MESA, CAMBIAN SUS MIRADAS). Necesitamos invertir el dinero.

ALEJANDRO: ¿Quién habla de particiones?

SEBASTIAN: Tus hermanos han estado pensando en ello.

ALEJANDRO (yendo hacia sus hermanos): Pero presentándose esta oportunidad no debemos hacerlo. Comprar terrenos en el norte significa mucho dinero. Es la ocasión que hemos estado esperando. (A su padre). ¿Cómo has logrado conseguirlo?

SEBASTIAN: ¡Con paciencia! Eugenio necesitaba dinero para explotar los terrenos. Me pidió préstamo y yo le ofrecí compra. No tuvo otra alternativa. Los impuestos sobre sus propiedades lo estaban ahogando y no tenía medios para explotarias. Ya firmamos el contrato. La tierra es nuestra.

ALEJANDRO: ¡Te admiro! Sólo tú podías conseguirlo.

SEBASTIAN: (yendo hacia Joaquín). Y tú ¿no dices nada?

JOAQUIN: Ya lo sabía.

SEBASTIAN: ¿Sabías qué?

JOAQUIN: Que habías comprado esas tierras. Todo el mundo

lo ha estado comentando:

SEBASTIAN: (molesto): ¡Las noticias corren!

JOAQUIN: Sí. Los peones de Eugenio se han encargado de ello. Eugenio se marcha a la ciudad.

SEBASTIAN: (riendo): Por fin se decide a reconocer su fracaso. ¿De qué le sirvió su educación en la ciudad? Yo nunca la tuve y he triunfado. Para trabajar en el campo hay que nacer en él y conocerlo a fondo. La tierra no debe guardarnos secretos. Yo los conozco todos. Donde Eugenio fracasó yo sabré triunfar. ¡Ya le enseñaré cómo descubrir riquezas en las tierras del norte!

ALEJANDRO: ¡Te lo propusiste y lo lograste! Me siento orgulloso de ti. ¿Cuándo cerraste el negocio?

JOAQUIN: Hace una semana. (EL PADRE SE VUELVE A EL Y LO MIRA). Sí, también lo sabía. Es curioso, los de casa hemos sido los últimos en enterarnos.

SEBASTIAN: Pues lo siento. Les tenía reservada la sorpresa.

ALEJANDRO: ¿A quién piensas mandar allí?

JOAQUIN (levantándose): Mándame a mi, papá. Me gustaría ir yo.

SEBASTIAN: ¿Por qué quieres ir?

JOAQUIN: Pues... sería un cambio.

SEBASTIAN: Eres demasiado joven.

JOAQUIN: Sabría desempeñar bien mi oficio.

SEBASTIAN: No. Necesito a alguien en quien pueda confiar más. A ti te preocupan demasiado los libros y te distraen. El trabajo exige consagración y amor en lo que se hace. Había pensado en Danilo...

MATILDE (moviéndose junto a Sebastián): Sí, envía a Danilo. Le ayudará mucho.

SEBASTIAN: ¿Le ayudará? ¿Le ayudará a qué?

MATILDE: Necesita emprender algo, cualquier cosa. Si lo encargas de esas tierras lo salvarás.

SEBASTIAN: Pero, ¿qué dices?

MATILDE: Necesita tener obligaciones, responsabilizarse con algo. Aquí se siente cohibido e inadaptado. ¡Quiere tener obligaciones! Estoy segura de que sabrá trabajar bien.

SEBASTIAN: Había pensado en él...

MATILDE: Entonces, ¡encárgalo a él!

SEBASTIAN: ¡No! He resuelto enviar a Alejandro. Es más equilibrado. Ya está acostumbrado a dirigir y sabrá desempeñarse solo. Danilo se quedará aquí conmigo.

ALEJANDRO: ¿Cuándo tendré que salir, papá?

SEBASTIAN: Mañana mismo.

ALEJANDRO: ¿Tan pronto?

SEBASTIAN: Soy hombre de actividad. ¿Por qué esperar a más tarde?

ALEJANDRO: ¿Y los peones?

SEBASTIAN: Los peones irán después. Es necesario que vayas adelante.

ALEJANDRO: Pero necesito algunos peones conmigo.

SEBASTIAN: Sí, lo sé. Te enviaré veinte hombres. Creo que son suficientes por el momento.

ALEJANDRO: ¿Cuándo será eso?

SEBASTIAN: (cruzando una mirada con la de Matilde): Dentro de una semana.

ALEJANDRO: ¿Dentro de una semana? ¿Y qué voy a hacer yo solo allí? Necesito gente conmigo.

SEBASTIAN: ¡Dentro de una semana estará contigo! (ALEJANDRO HACE UN GESTO DE RESIGNACION, SEBASTIAN SE ENCAMINA A LA PUERTA). ¡Bien! ¡Ya está dicho!

ALEJANDRO (entusiasmado): ¡El norte!

SEBASTIAN (deteniéndose a la puerta): Sí, ¡al fin el norte!

(SEBASTIAN MIRA A SUS HIJOS CON UN ALGO DE PROPIA SATISFACCION Y LUEGO SALE. LOS TRES HIJOS GUARDAN BREVE SILENCIO, LUEGO JOAQUIN SE ACERCA A ALEJANDRO Y LE MIRA SONRIENDO CON IRONIA).

JOAQUIN: ¡Te felicito! ¡Eso que logra escapar!

ALEJANDRO: Tú lo habieras querido ¿no?

JOAQUIN: ¿Para qué negarlo? Cualquiera de nosotros lo hubiera querido. Pero papá ha sido más astuto que nosotros, ha escogido al hombre de su confianza.

ALEJANDRO: ¿Qué quieres decir?

JOAQUIN: ¡Que eres un pusilánime! ¡Servil!

ALEJANDRO: ¡Tienes envidia!

JOAQUIN: ¡No! ¡Jamás te envidiaría! Has pasado toda tu vida humillado a sus plantas, obediente como un cordero, temeroso de levantar una pequeña protesta, de quejarte alguna vez.

ALEJANDRO: ¿Para qué sirve?

MATILDE: ¡Por favor! ¿Qué ganan con discutir?

ALEJANDRO: Déjame explicárselo. ¿Para qué sirve gritar ni lamentarnos? Es imposible intentar desobedecerlo. Es imposible oponernos a su voluntad. No podemos luchar contra él.

JOAQUIN: ¿Por qué no?

ALEJANDRO: Danilo lo intentó una vez. Huyó de casa y se fue lejos. Papá fue a buscarle y le encontró y le trajo!

JOAQUIN: ¡Pudo intentarlo otra vez! ¡Intentarlo mil veces!

ALEJANDRO: No se atrevió jamás. Como no volveríamos a atrevernos nosotros. Le amarró en el granero y le pegó hasta hacerlo sangrar. Y allí lo tuvo amarrado tres días.

MATILDE: Sí, lo recuerdo.

JOAQUIN: Pero le dejó vivo ¿no?

MATILDE: Sí, pero ni siquiera pudo ir al entierro de mamá. Fue entonces cuando murió mamá. Papá le quitó las sogas a Danilo y lo llevó a su cama y allí estuvo durante una semana. Cuando despertó... le dijimos que había luto en la casa... que mamá había muerto. Y entonces quiso llorar, pero no pudo.

JOAQUIN: ¡Yo lo hubiera intentado otra vez! ¡Mientras tuviera vida! ¿De qué sirve vivir sin libertad? Es necesario vivir y si no se puede vivir, se impone la muerte!

ALEJANDRO: Obedece, y no tendrás problemas.

JOAQUIN: Le respeto, pero no puedo obedecerlo siempre. No siempre son justas sus órdenes.

MATILDE: Es mejor, Joaquín. Eres muy joven todavía. Tenemos un mundo por delante. ¿Para qué ir de prisa?

JOAQUIN: ¡Porque quiero vivir desde ahora! Me corresponde vivir desde ahora. ¿Por qué tengo que esperar? Soy dueño de mis actos y no puedo permitir que nadie coarte mi libertad de acción. ¡Soy un hombre! ¡Como tú! ¡Como él! Tenemos derecho a vivir en el mismo mundo, como iguales.

ALEJANDRO: ¿Y qué esperas para marcharte?

JOAQUIN: Es lo que pienso hacer. Y lo haré esta noche. No voy a quedarme a su lado, como tú.

ALEJANDRO: ¡No lo lograrás!

JOAQUIN: ¡Ya veremos!

ALEJANDRO: Te ocurrirá lo mismo que a Danilo y te veré volver, humillado y sometido.

JOAQUIN: Pero si quiera lo habré intentado y volveré a intentarlo mientras viva. ¡Tendrá que matarme!

ALEJANDRO: ¿Para qué molestarnos en una lucha inútil? ¿Para qué huir siempre si tendremos que regresar al mismo sitio y realizar la misma labor y servir siempre? ¡Más vale así! Aceptar sus caprichos y complacerlo.

JOAQUIN: ¡Yo no puedo!

ALEJANDRO: ¡Te acostumbrarás! ¡Y verás que es la mejor solución! Te evitarás muchos problemas. ¡Quédate aquí, sin discutirle nada, y sufrirás menos!

JOAQUIN: ¿De veras lo dices?

ALEJANDRO: Sí, lo digo de veras. Cuando es inútil luchar, lo mejor es resignarnos y esperar.

MATILDE: ¿Esperar qué?

ALEJANDRO: Cualquiera cosa. Esperar. Sólo esperar. (MIRA A SUS HERMANOS; ATURDIDO, COMO SI POR VEZ PRIMERA DESCUBRIERA SUS VERDADEROS SENTIMIENTOS). Hace calor esta noche. (DESABROCHA SU CAMISA Y LLEVA UNA MANO A SU CUELLO COMO SI QUISIERA REFRESCARSE UN POCO. LUEGO SE ENCAMINA A LA PUERTA). Hace mucho calor. Voy a sentarme afuera.

(ALEJANDRO SALE. JOAQUIN Y MATILDE QUEDAN SOLOS).

JOAQUIN: ¿Y tú que esperas para marcharte, Matilde?

MATILDE: No he pensado en marcharme.

JOAQUIN: Debes hacerlo. Yo lo haré esta noche. Y papá no me encontrará nunca. (SE MUEVE POR LA ESCENA, ADOLORIDO. AFUERA, SE ESCUCHA A ALEJANDRO TOCANDO SU ARMONICA). Hubiera querido amarlo como debe amarse a un padre. Pero, en cambio, cada día aumenta mi rencor... cada día lo siento más distante... ¡Lo mismo pasará contigo!

MATILDE: ¿Por qué ha de pasar conmigo?

JOAQUIN: Porque te has sometido a su voluntad también, en vez de hacer escuchar tus razones y de convencerle de su error.

MATILDE: Quizás él tiene razón. Quizás Manuel no es el hombre que me conviene. Quizás sólo quería mi dinero.

JOAQUIN: ¿Por qué tratas de engañarte? Bien sabes que Manuel no es así. Es un hombre honrado y sincero. Jamás se atrevería a acercarse a ti y hablarte sin amor.

MATILDE: ¡Lo creí así siempre!

JOAQUIN: ¿Por qué ahora piensas de distinto modo? ¿Por qué crees que mi padre te ha aconsejado lo mejor y te ha dicho la verdad? ¿No te das cuenta de que trata de alejarte para no desprenderse del dinero que te pertenece? ¿Quieres mayor egoísmo? Sólo ha pensado en él y ha hecho caso omiso de ti. Te ha mentado, Matilde.

MATILDE: ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡No te quiero oír más!

JOAQUIN (significando sus palabras): ¡Manuel se va esta noche!

MATILDE: ¿Qué dices?

JOAQUIN: Papá lo envía a la nueva finca con el grupo de peones. Así se libra de él.

MATILDE: No es verdad. El dijo que enviaría los peones la próxima semana.

JOAQUIN: ¡Una nueva mentira! Los envía esta noche y Manuel va con ellos. ¿Vas a dejarlo partir?

MATILDE: ¿Qué quieres que haga?

JOAQUIN: ¿Vas a dejarlo ir solo?

MATILDE: Prometí no verte nunca más. No lo veré nunca más.

JOAQUIN: ¿Es eso lo que quieres realmente? No seas insensata. No lo pienses y vete.

MATILDE: ¿Irme? (DUDA). No. No puedo hacer nada.

JOAQUIN: ¿Quién lo dice? Si que puedes irte.

MATILDE: Papá iría tras de nosotros. Sería capaz de matar a Manuel. Sé que lo haría. No puedo correr ese riesgo.

JOAQUIN: Entonces, quédate y púdrete con todos nosotros aquí.

(ALEJANDRO SIGUE TOCANDO SU ARMONICA AFUERA, ALLGREGEMENTE. DANILO, ALGO BEBIDO, ENTRA).

DANILO: Me dice mi hermano, ahí afuera, que he llegado tarde para cenar.

MATILDE: (corriendo hacia él, como si buscara refugio): ¿Dónde has estado?

DANILO: Caminando las calles de la ciudad, buscando un medio de no regresar nunca a casa. Pero la fuerza de la costumbre me hizo poner los pies en esta dirección.

MATILDE: ¡Estas bebido!

DANILO: Así es más fácil olvidarnos de nosotros mismos. Dejamos de ser seres humanos para convertirnos en marionetas, pero el alcohol nos ayuda a ignorarlo. No sentimos nada, no vemos nada, no sufrimos nunca. (YENDO

HACIA LA ESCALERA): Papá, ya estoy aquí. Quiero pedirte perdón por haberme retrasado. No me pegarás, papá. (RIE A CARCAJADAS). Estoy arrepentido.

MATILDE (a Joaquín): ¡Llévalo a su cuarto antes de que papá lo vea!

JOAQUÍN: ¿Para qué lo voy a privar de este momento?

MATILDE (yendo hacia Danilo): Vamos, Danilo. Vamos arriba

DANILO (volviendo junto a la puerta): Escucha, Matilde. Alejandro está tocando su armónica. Le encontré ahí afuera, me dió la queja de papá y siguió tocando su armónica alegremente. (SÍE). No sé cómo todavía puede tocar alegremente su armónica. (RIE, MIENTRAS VUELVE JUNTO A LA ESCALERA). Papá, baja, ya estoy aquí. Me retrasé, pero ya estoy aquí, siempre a tus órdenes.

MATILDE: ¡Déjate de tonterías! Vamos, sube a tu habitación y enciérrate.

JOAQUÍN: Déjale en paz. Ahora se siente en la gloria, como yo anoche.

MATILDE: Papá se enfurecerá. Anoche llegaste borracho, hoy llega él. El no va a permitir que esto siga. Buscará la manera de escarmentarlos.

JOAQUÍN (sentándose molesto): ¡Tendrá que soportarlo! Es la única forma de aguantarlo a él.

DANILO: Me llevé de tu consejo, Joaquín. Es cierto que el alcohol nos ayuda a escapar hacia un mundo nuevo que no nos obliga a nada, que no nos impone nada.

MATILDE (a Joaquín): Ayúdame, Joaquín. Vamos a acostarlo. (TOMANDO A DANILO DE UN BRAZO). Vamos, Danilo.

DANILO (zafándose entre risas): Déjame en paz. Un día iremos juntos al pueblo, Matilde. Te enseñaré como se divierten y cómo ríen algunos. ¿Te has olvidado de que la gente ríe? Sí, la gente ríe y también es libre. He visto a muchos que son libres. No es una leyenda. Es verdad. Y yo reí y me divertí con ellos.

JOAQUÍN: ¿Te metiste a una taberna, como yo, y te buscaste una mujer?

DANILO: No. No fui a esos sitios. Me metí a un bar cualquiera y pedí de beber. Invité a alguien que estaba a mi lado y bebimos hasta que no quise más. ¡Y conversamos!... El me dijo que se llamaba... no sé cómo... ¡No me importaba! Era un tipo pequeño como una mentira piadosa, simpático y alegre. (MIRA A SUS HERMANOS CON AMOR). Me hubiera gustado que en las tiendas vendieran felicidad, hubiera traído un poco y la habría repartido entre ustedes... (SE DEJA CAER EN UNA DE LAS SILLAS JUNTO A LA MESA Y ESCONDE SU ROSTRO ENTRE SUS BRAZOS MIENTRAS LLORA). Pero la felicidad no se vende...

MATILDE: ¡No debiste beber! ¡Nunca lo haces!

DANILO: El hombrecito me dijo que bebía todos los días... y que era feliz. ¡Yo no lo soy!

JOAQUÍN: ¡A papá le gustaría escucharlo!

MATILDE: ¡Callate!

DANILO (comienza a reír tontamente, luego se levanta y se mueve en la escena): Sentí ganas de bailar y pedí que pusieran música... pero no encontré con quien bailar. ¡Fue muy divertido! (ARROJÁNDOSE EN LOS BRAZOS DE MATILDE QUE HA IDO TRAS EL). Tú debes beber también Matilde. Un día de estos nos vamos al pueblo y nos emborrachamos. En este mundo de incompreensión y suciedad todos deberíamos emborracharnos cada día.

MATILDE: No vuelvas a hacerlo, Danilo. No vuelvas a hacerlo. Me haces sufrir.

JOAQUÍN (levantándose, intencionado): Ah, no. No la hagas sufrir, Danilo. Nuestra hermana no debe sufrir. (SE ESCUCHA LA ARMONICA DE ALEJANDRO NUEVAMENTE). Escucha la armónica de Alejandro, Matilde. Está tocando indiferente a todo. ¿Por qué debemos preocuparnos cuando podemos resignarnos a nuestra suerte y ser indiferentes?

DANILO (tomando por un brazo a su hermana): Vamos a bailar, Matilde.

MATILDE (resistiéndose): No, no. (MIRANDO A JOAQUÍN INTRIGADA Y ANGUSTIADA). ¿Qué quieres que haga?

DANILO: No te niegues, Matilde. Vamos, baila.

(DANILO OBLIGA A MATILDE A BAILAR AL COMPAS DE LA CONCERTINA DE ALEJANDRO, QUE TOCA ALEGRE Y DIVERTIDA, MIENTRAS JOAQUIN PALNOTEA, RIENDO BURLONAMENTE DE SUS HERMANOS. DANILO DANZA CON UNA ALEGRIA FORZADA Y TONTA. MATILDE LO HACE AFLIGIDA Y AVERGONZADA. AL FIN, ELLA SE DESPRENDE DE LOS BRAZOS DE SU HERMANO Y VA HACIA LA MECEDORA DONDE SE SIENTA Y LLORA. DANILO SE LE ACERCA SIN COMPRENDER).

DANILO: ¡No llores, Matilde!

MATILDE: Déjame llorar... No es en tus brazos donde quiero refugiarme, no es contigo con quien deseo bailar.

DANILO: No llores. Pronto acabará todo esto y podremos reír. Ya lo verás. No llores.

MATILDE: No. Esto no acabará nunca.

DANILO: Sí. Debe de acabar algún día. El viejo tiene que morir algún día.

MATILDE: No. El no morirá nunca.

DANILO: (sin dominarse más tiempo): ¡Maldita sea! ¡No llores! Tampoco yo quiero bailar con mi hermana, ¿pero qué otra cosa podemos hacer?

JOAQUIN: ¡Marcharnos lejos!

DANILO: ¡No lo conseguiremos!

MATILDE: (levantándose): ¡Yo sí! ¡Yo sí! Me iré con Manuel. Ahora mismo.

DANILO: (la toma por los brazos, deteniendo su salida): Te seguirá y te dará alcance, como hizo conmigo.

MATILDE: ¡No! ¡No lo hará! Porque ustedes son mis hermanos y no lo permitirán. No volverá a suceder lo que ocurrió contigo, Danilo. Ahora no habrá ninguna muerte. No más muertes. Ya mamá murió por su causa. ¡Y no debe morir nadie más!

JOAQUIN: ¿Qué dices?

MATILDE: ¡La verdad!

DANILO: ¿Cuál verdad?

MATILDE: La que he callado, sumiendo la muerte de mi madre en el misterio, cuando yo conocía la verdadera razón.

DANILO: ¿Cuál es esa verdad?

MATILDE: La que nunca reveló nuestro padre. Mamá era muy infeliz a su lado. Los escuchaba discutir y la oía lamentarse. La vida se le hacía insostenible. Muchas veces la sorprendí llorando, pero nunca decía por qué. Y cuando ustedes regresaban del campo ella se fingía alegre...

JOAQUIN (casi para sí): Se quitó la vida. No encontramos nunca una explicación ni una razón.

MATILDE: Yo la sabía. Cuando Danilo escapó quiso impedir que papá le castigara. Luego, al verlo encerrado en el granero, intentó liberarlo, pero papá se opuso y le dió con su fuste, como se pega a un animal, con saña, con rencor. Yo lo vi todo desde mi ventana y oculté mi cabeza bajo la almohada. Mamá, desesperada, se encerró en su habitación y se disparó un tiro. (A DANILO). Fue el único modo de convencer a papá de que debía quitarte las amarras y curarte.

DANILO: ¡Le odio! ¡Le odio!

JOAQUIN: ¿Cómo resiste vivir quien ha hecho tanto daño? ¿Es que se pueda vivir?

DANILO: No tiene conciencia, ni remordimientos.

MATILDE: No tiene corazón. Se impone, sin importar le a quien destroce. No tiene amigos, porque desconfía de todos. No ama a nadie, porque no es capaz de dar un poco de cariño. Es como un recipiente insensible donde sólo ocupa lugar la ambición, sin ojos para mirar, sin oídos, sin labios, sólo con manos dispuestas a acapararlo todo. Es un objeto inútil al que no debemos tomar cariño ni amar, porque no es digno. (VA HACIA LA PUERTA Y SE DETIENE, SE VUELVE A SUS HERMANOS). Me iré en seguida. Ustedes son hombres y guardarán mis espaldas, y si no se atreven a hacerlo... ¡malditos sean por siempre!

(MATILDE SALE RAPIDAMENTE. FUERA SE ESCUCHA LA VOZ DE ALEJANDRO QUE LA LLAMA RE-

PEQUENAS VECES. DENTRO HAY UN SIGNIFICATIVO SILENCIO DE LOS DOS HERMANOS. ALEJANDRO ENTRA Y SE ENFRENTA A LOS DOS HOMBRES).

ALEJANDRO: ¿Qué ha sucedido?

JOAQUIN: Matilde se ha liberado del yugo.

ALEJANDRO: ¿Adónde va?

JOAQUIN: Se marcha con Manuel. Escapa de casa, para siempre.

ALEJANDRO: Es una locura. No lo conseguirá. Cuando papá se entere... irá en su busca.

DANILO (acercándosele): Nosotros no lo permitiremos.

ALEJANDRO: ¿Nosotros?

DANILO: ¡Joaquín, tú y yo!

ALEJANDRO: ¿Qué pretendes?

DANILO: ¡Esta noche comenzaremos a vivir!

ALEJANDRO: (separándose de él): ¡Estás borracho!

DANILO: (yendo tras él): ¡Ya no! ¡Ya no! Ahora tengo sed. Una sed de venganza que me devora.

ALEJANDRO: ¿Venganza contra quién?

DANILO: ¡Contra quien me ha robado mis mejores años! ¡Contra quien me ha negado el derecho a vivir como un ser humano! ¡Contra quien me ha quitado todo sentido de honor y responsabilidad! ¡Contra quien me ha convertido en un ruin y cobarde!

JOAQUIN (acercándosele y hablándole casi al oído): Unete a nosotros, Alejandro.

ALEJANDRO: ¿Unirme a qué?

DANILO: A nuestro empeño por recuperar el tiempo perdido. A nuestro afán de decir algún día esto es lo tuyo y esto es lo mío. A nuestro intento de ser alguien.

ALEJANDRO: ¿Se han vuelto ustedes locos?

DANILO: ¿Qué se puede esperar de quienes se sienten maniatados? ¡Sí! ¡Estamos locos! Nos han vuelto locos las ór-

denes de papá, sus gritos, sus egoísmos, sus injusticias, sus ambiciones desmedidas y su crueldad. Estamos locos y romperemos los hierros de este encierro y nos iremos lejos de su mirada y de su voz.

ALEJANDRO: ¡No lo lograrán! ¡Ninguno de ustedes! Alcanzará a Matilde y la traerá a casa. Y todo volverá a ser igual. Yo lo conozco bien. No permitirá que nadie le contradiga. Nadie puede contra él. Es como una roca. Las olas se estrellan contra él pero no pueden destruirlo. ¡Es una roca inmensa, indestructible!

JOAQUIN: Nosotros lo destruiremos. ¡Tú puedes destruirlo!

ALEJANDRO: No es verdad. Yo le conozco bien.

JOAQUIN: ¡Sí que lo destruiremos! ¡Podemos liberarnos de él!

ALEJANDRO: ¡No podrán! ¡No podrán! ¡Nos dará alcance en cualquier parte y nos traerá de nuevo! ¡No podremos huir de él!

DANILO: Le daremos una oportunidad. Le pediremos nuevamente que haga la partición. Intentaremos convencerlo. Pero si se niega a entregarnos nuestra parte y a dejarnos en paz... hay un medio para librarnos de él, para siempre!

ALEJANDRO (temeroso de sus pensamientos): ¿Cuál?

DANILO: ¡Será como escapar de una pesadilla terrible que nos ha estado atormentando por años! ¡Pero será el final!

ALEJANDRO: ¿Qué es lo que piensas hacer?

JOAQUIN: Dilo.

DANILO (tras breve pausa): ¡Matarlo!

ALEJANDRO: ¡Estás borracho! ¡No somos asesinos!

JOAQUIN: Peor que eso. No somos nada. Porque nos creemos incapaces de todo.

ALEJANDRO: Pero es nuestro padre. No podemos matarlo.

DANILO: Es nuestro enemigo y tenemos que librarnos de él. Se trata de hundirnos o salvarnos.

ALEJANDRO: Nos dió la vida.

DANILO: ¿Cuál vida? ¿Esta vida asquerosa e insoportable? Nos ha hundido en la condición más lastimosa; la del hombre que ha perdido el respeto a sí mismo. El lo es todo. Nosotros no valemos nada. Nos ha impuesto deberes y nos ha arrebatado todos los derechos. Pero somos hombres. ¡Hombres! ¡Y debemos defender nuestra integridad!

ALEJANDRO (aturdido): ¡Pero no matándaos!

DANILO: ¡De cualquier modo!

ALEJANDRO: Dios no nos perdonará nunca.

JOAQUIN: Debemos creer y confiar en él. Pero para eso necesitamos tener espíritu. Debemos combatir a todos los que traten de arrebatarnos el espíritu. ¡Aunque sea nuestro padre!

ALEJANDRO (para sí): ¡Matarlo!

DANILO: No, ¡liberarnos! ¡Uno de nosotros lo hará!

ALEJANDRO: ¿Quién?

JOAQUIN (mirando las cartas que están sobre la repisa y tomándolas en sus manos). La suerte lo dirá. La carta más baja decide.

(JOAQUIN BARAJA LAS CARTAS Y LAS OFRECE A SUS HERMANOS QUE LA RECIBEN TEMEROSOS).

DANILO (tomando la suya): Seis.

ALEJANDRO: Cuatro.

JOAQUIN: Ocho.

ALEJANDRO (temeroso): ¿Yo? ¡Oh, no! ¡Yo no puedo hacerlo!

JOAQUIN (siguiéndole): ¡Tienes que hacerlo!

ALEJANDRO: No soy capaz.

JOAQUIN: ¡Sí que eres capaz! ¡Inténtalo!

ALEJANDRO: ¿Qué ganamos con matarlo?

DANILO: ¡Terminar con él para siempre! Saber que no tendremos que escucharle nunca más. Que no tendremos que obedecerle nunca más.

ALEJANDRO: ¡Iremos a parar todos a la cárcel!

JOAQUIN: ¿Qué te importa la cárcel? ¿Es acaso peor que este encierro que llevamos dentro? Allí al menos podremos gritar al carcelero y quizás reír. Y en el fondo de nosotros mismos nos sentiremos libres y descansados.

ALEJANDRO (tras breve pausa, casi convencido): ¿Cómo lo haremos?

DANILO: Hay un cuchillo sobre la mesa.

(ALEJANDRO SE ACERCA A LA MESA Y MIRA EL CUCHILLO).

ALEJANDRO: ¿Cuándo lo haremos?

DANILO: ¡Tú escogerás el momento!

(SEBASTIAN REGRESA, SACUDIENDOSE LA ROPA. ALEJANDRO MIRA EL CUCHILLO CON TEMOR Y LUEGO SE SIENTA PENSATIVO).

SEBASTIAN: (A Danilo): Ah, ya estás de regreso. ¿Dónde te habías metido?

DANILO: ¡Me quedé en el pueblo unos minutos!

SEBASTIAN: ¿Unos minutos? ¡Tienes cuatro horas de retraso!

DANILO (riendo a carcajadas): ¿Qué son cuatro horas en la vida de un hombre?

SEBASTIAN: No me gusta que rías así. ¡Ni me gusta tu tono! (DANILO RIE). ¡Deja de reír!

DANILO (burlón): Perdona, papá.

SEBASTIAN (acercándose a la tinaja y sacando agua para beber): ¿Qué hacías en el pueblo?

DANILO: Entré a un bar y me bebí unas copas.

SEBASTIAN: ¿Y te atreves a decírmelo?

DANILO: ¡Soy un hombre!

SEBASTIAN: No quiero borrachines en la familia.

JOAQUIN: Una copa no hace a un borracho.

SEBASTIAN: ¡Te callas! (COLOCANDO EL VASO QUE HA TOMADO PARA BEBER NUEVAMENTE EN SU SITIO

Y ENFRENTANDO A SUS HIJOS). Les advierto. No consentiré que vengan oliendo a aguardiente.

DANILO: ¡Son tus últimas órdenes!

SEBASTIAN: ¡Son órdenes terminantes!

JOAQUIN: ¡Ordenes! ¡Ordenes! ¡Ordenes! Sólo se habla de órdenes en esta casa!

SEBASTIAN: Es a fuerza de látigo como se doma a los potros salvajes.

JOAQUIN: ¿Y quién nos hizo salvajes?

SEBASTIAN: ¿Quién?

JOAQUIN: Eramos mansos. Fuimos niños una vez y dependíamos de ti. Esperábamos tus caricias y tu cariño, pero sólo recibimos tu indiferencia. Nunca una palabra de aliento ni una frase amorosa, sólo órdenes, órdenes, órdenes, hasta que agriaste nuestra vida y nos convertiste en rebeldes.

SEBASTIAN: ¿Qué esperabas de mí? ¿Que les diera trato de mujeres?

JOAQUIN: ¡Trato de hombres! Educarnos con el corazón, no con el látigo.

SEBASTIAN: ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede contigo? (MIRA A LOS DEMAS QUE HAN PERMANECIDO EN SILENCIO). ¿Qué sucede con ustedes?

DANILO: Hemos decidido dejarte, papá.

SEBASTIAN: ¿Dejarme?

DANILO: Sí. Queremos separarnos. Te pedimos que nos devuelvas lo que nos corresponde legalmente.

SEBASTIAN: ¿Qué es lo que traman?

DANILO: Recuperar lo que nos pertenece.

SEBASTIAN: ¿Recuperar? ¿Por qué emplear esa palabra? Nunca les he arrebatado nada. (SE ESTREMECE AL NOTAR LA MIRADA DE SUS HIJOS). Comprendo que quieran emprender actividades independientes, pero no es conveniente romper la sociedad ahora, cuando todo marcha sobre ruedas.

DANILO: Aún así. Siempre será así. Cada día tendremos más dinero. Cada día seremos más ricos. Pero no es riqueza lo que queremos. Por eso vamos a dejarte.

SEBASTIAN: ¡Tonterías! ¿Qué locuras se les ha metido en la cabeza?

DANILO: Esta vez lo resolveremos definitivamente. No vamos a esperar. Ya hemos hablado contigo de esto.

SEBASTIAN (mirándolos a todos): ¡Y nunca lo he creído tucioso! ¡Ahora menos que antes! (A DANILO). ¡Alejandro te habrá enterado de lo que he hecho!

DANILO: No.

ALEJANDRO (sin inmutarse): Ha comprado las tierras del norte y piensa enviarme allí para atenderlas.

DANILO: ¿Y qué has resuelto hacer conmigo?

SEBASTIAN: ¡Te quedarás a mi lado! ¡Te necesito aquí!

DANILO: ¿Y con Joaquín?

SEBASTIAN: ¿Joaquín? Se quedará también.

DANILO: Has trazado bien nuestro destino.

SEBASTIAN: No te comprendo.

DANILO: ¿No se te ha ocurrido pensar que tengamos otros planes?

SEBASTIAN: ¡Trabajamos juntos! ¡Sus planes deben ser los míos!

DANILO: Yo no pienso así.

JOAQUIN (moviéndose junto a Danilo): ¡Yo tampoco!

SEBASTIAN: Es una insensatez. ¡Sería echar la sociedad por el suelo!

DANILO: Tú puedes seguir solo. Nosotros queremos separarnos y basta.

SEBASTIAN (Observa la actitud desafiante de sus hijos): ¡Eisen. Veo que lo han resuelto a mis espaldas. Lo han decidido. Si es así, no voy a oponerme. Se hará como ustedes quieren. Pero antes será necesario esperar. Ahora es imposi-

ble realizar cualquier trámite. Tenemos demasiados asuntos pendientes.... Pero no hay que preocuparse... En enero, después de la zafra, podremos hacerlo... (SE TURBA CON LA MIRADA FIJA DE SUS HIJOS). ¿Qué les ocurre? ¿Por qué me miran así? (OBSERVA A SU ALREDEDOR TRATANDO DE ESQUIVAR LAS MIRADAS). ¡Matilde! ¡Matilde! (SE ACERCA A LA MESA). Bueno, vamos a cenar y después discutiremos todo tranquilamente. Resolveremos lo que mejor convenga. (ALRADO). ¡Diablos! ¿Qué les ocurre a ustedes? ¡Matilde! ¡Matilde!

ALEJANDRO: Matilde se ha marchado, papá.

SEBASTIAN: ¿Se ha marchado? ¿Adónde?

DANILO: Huyó con Manuel.

SEBASTIAN: ¡Es una locura! ¡Hay que alcanzarla! ¡Vamos a alcanzarla! (AVANZA HACIA LA PUERTA PERO SUS HIJOS LE CIERRAN EL PASO). ¡Déjenme pasar!

JOAQUIN: ¡Ya no! ¡Ya ha acabado todo! ¡Este es el fin!

SEBASTIAN: ¡Déjenme pasar he dicho! No se burlará de mí. Nadie se burlará de mí. ¡Danilo! ¡Joaquin! Debo alcanzarla.

DANILO: ¿Qué vas a hacer con ella? ¿Vas a pegarle, como a mí? ¿Piensas hacerla infeliz toda la vida y provocar su suicidio como lo hiciste con mamá?

SEBASTIAN: ¿Qué sabes tú de eso?

DANILO: Todo.

SEBASTIAN: (se turba y va junto a Alejandro que se encuentra sentado a la mesa). Alejandro, ¡se han vuelto contra mí! Diles que no tienen razón, que todo cuanto he hecho ha sido por ellos! Diselo, Alejandro, diselo!

ALEJANDRO: ¿Yo? ¿Decírselo yo?

SEBASTIAN: Sí. Me cierran el paso y se interponen en mi camino. Se rebelan contra su padre. Háblales y convéncelos de que no pueden conmigo. Yo soy su padre. Diselo.

ALEJANDRO: No puedo hacerlo, papá.

SEBASTIAN: (sin comprender): ¿No puedes?

ALEJANDRO: Nunca he tenido voz propia. Sólo escuchaba la tuya. ¡Alzala! ¡Y déjate escuchar! ¡Yo no he pensado nunca y no sé cómo hacerlo!

SEBASTIAN: (atemorizado): No me escuchan a mí.

ALEJANDRO: Entonces estás perdido.

JOAQUIN (mordaz): Ya no puedes gritar. Ya no puedes hacer nada. ¿Ves, Alejandro, cómo era posible?

DANILO (insinuante): Ahora no tendré que escapar por las ventanas, papá. Podré usar la puerta. ¿Por qué no lo hice antes?

SEBASTIAN: ¿Escapar por las ventanas?

DANILO: Sí. Siempre. Mientras todos dormían yo escapaba por la ventana. Iba en busca de amor. Y lo encontré. ¡Y también lo perdí! ¡Por tu culpa, papá, por tu culpa!

SEBASTIAN: ¿Qué culpa tengo yo?

DANILO: Todos nuestros pecados son tuyos. Porque nos convertiste en cobardes, en seres irresponsables.

SEBASTIAN: ¿Qué, diablos, estás diciendo?

DANILO: Yo pude tener un hijo, pero me asustaba la idea de que pudieras enterarte, temía a tu castigo, y ahogué su vida! ¡No lo dejé nacer! Ya después no pude mirar la cara a la madre y también la perdí a ella! Pero, ahora, la puerta está abierta y yo puedo cruzarla sin temor a tí!

SEBASTIAN (mirándole absorto, atemorizado, lleno de terribles sospechas): ¿Qué piensan hacer conmigo?

ALEJANDRO (tras breve pausa): ¡Matarte!

SEBASTIAN: ¿Están locos?

DANILO: ¡Hazlo! !

(ALEJANDRO TANTEA EL CUCHILLO CON SUS MANOS, LO TOMA Y VA HACIA SU PADRE, MIRÁNDOLE FIJAMENTE. SEBASTIAN TIEMBLA E IMPLORA).

SEBASTIAN: ¡No! Tú no puedes matarme, Alejandro. ¡Eres mi hijo!

ALEJANDRO (mirándole lleno de rencor): Tantos años temiéndote, tantos años atemorizado por tus palabras, tantos años guardando rencores y odios sin poder expresarlos, tantos años ahogando mi voz, deseando ser libre y temiendo intentarlo, y descubro que eres un cobarde! ¡Bien mereces la muerte!

JOAQUIN (mordaz): ¡Hazlo!

ALEJANDRO (palideciendo): ¡No! ¡No puedo hacerlo! (VA HACIA DANILO CON LAS MANOS EXTENDIDAS, MOSTRANDOLE EL CUCHILLO, CON EXPRESION DE IMPOTENCIA). ¡No puedo!

DANILO (arrebatándole el cuchillo): ¡Dámelo a mi! ¡Yo lo haré! (ALEJANDRO, TREMBLANDO DE EMOCION, SE DIRIGE A LA PUERTA EN BUSCA DE AIRE Y LUEGO DESAPARECE).

DANILO (casi para sí, convencido): No nos manchamos las manos con hacerlo. (AVANZA HACIA SU PADRE AMENAZANTE). ¡Es nuestro derecho!

SEBASTIAN (cayendo arrodillado a los pies de Danilo): Danilo, ¡no lo hagas!

(DANILO SE DETIENE AL ESCUCHAR SU VOZ Y SU MANO TIEMBLA. LE MIRA CON LASTIMA Y LUEGO SE ACERCA A LA MESA EN SILENCIO, SUSPIRA DOMINANDOSE Y COLOCA LENTAMENTE EL CUCHILLO).

DANILO: No. No vale la pena. (SE DIRIGE A LA PUERTA CASI INCONSCIENTEMENTE, DESPUES RECUERDA A SU HERMANO Y SE VUELVE A EL). Vamos, Joaquín, es un pobre diablo. Estamos luchando contra un pobre diablo indefenso.

JOAQUIN (todavía rebelde, mira a su padre con brillo en los ojos): ¿Dejarlo vivo?

DANILO: ¿Qué importa ahora? No hay nada que temer. Ya todo ha terminado. Vamos y dejémosle solo, que la angustia de soledad es la peor muerte.

(DANILO SALE. JOAQUIN, SIN EMBARGO, ANTES DE SALIR DIRIGE UNA ULTIMA MIRADA A SU PADRE. SEBASTIAN QUEDA SOLO. MIRA A SU ALREDEDOR

Y SE LEVANTA ATURDIDO. BUSCA CON INQUIETUD COMO SI HUBIERA PERDIDO ALGO MUY INTIMO MUY SUYO, Y LE FUERA IMPOSIBLE ENCONTRARLO).

SEBASTIAN (con voz queda): ¡Matilde! ¡Matilde! (VA A LA MESA, SE SIENTA, MIRA LA SILLA VACIA DE LA MADRE Y LUEGO LAS DE SUS HIJOS. AHORA HABLA MECANICAMENTE, COMO SI NO COMPRENDIERA CUANTO HA OCURRIDO).

¡Joaquín! ¡Danilo! ¡Alejandro!

MIENTRAS LAS CORTINAS SE CIERRAN LENTAMENTE.

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS